

ECCLESIASTICA

XAVERIANA

ORGANO DE LAS FACULTADES ECLESIASTICAS DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
RESOLUCION 000722 DEL MINISTERIO DE GOBIERNO VOLUMEN XVIII, 2 — 1968

Director:

ALBERTO ARENAS, S. J.

Subdirector:

VICENTE ALCALA, S. J.

Consejo de Redacción:

JUAN A. EGUREN, S. J.

PEDRO ORTIZ, S. J.

ROBERTO CARO, S. J.

JOSE M. GALLEGRO, S. J.

SUMARIO:

Presentación 3

I. ALOCUCIONES, HOMILIAS Y DISCURSOS

1. De Su Santidad Pablo VI:

Breve Pontificio al Cardenal Legado	7
Saludo a Colombia y América Latina	10
Saludo a los Sacerdotes	12
Homilía en la Ordenación Sacerdotal	14
Al señor Presidente de Colombia	19
A los Campesinos	21
A los Periodistas	25
Homilía sobre el Desarrollo	26
A los Diplomáticos	31
A los Cónsules	33
A los Hermanos Separados	34
A los Hebreos	35
A los Enfermos	36
Homilía en la Parroquia de Santa Cecilia	37
Al Episcopado	39
Al señor Alcalde de Bogotá	49
A las Religiosas	50

Al CELAM	51
Sobre el CEI	52
En el Acto Mariano	53
Despedida de Colombia	55

2. Del Cardenal Legado, Giacomo Lercaro:

Discurso de Inauguración del CEI	57
La Eucaristía, Sacramento de la Fraternidad Humana	65
Bautismo, Confirmación y Eucaristía	69
Cristo en la Eucaristía, Centro de la Vida Sacerdotal y Misionera	73
La Penitencia en su Relación al Misterio Pascual y Eucarístico	81
Discurso de Clausura del CEI	85

II. PONENCIAS DEL ENCUENTRO TEOLOGICO

Giacomo Lercaro, Cardenal Legado:

Discurso Inaugural del Encuentro Teológico	93
--	----

Aníbal Muñoz Duque, Administrador Apostólico de Bogotá:

Alocución Preliminar al Encuentro Teológico	96
---	----

Edgar Joly, de la Facultad de Teología de San Pablo, Brasil:

La Eucaristía y el Dinamismo Apostólico de la Iglesia	103
---	-----

Lucio Gera, de la Facultad de Teología de Buenos Aires, Argentina:

La Eucaristía y la Vida Cotidiana	155
-----------------------------------	-----

Luis Alonso Schökel, S. J., del Instituto Bíblico de Roma:

La Eucaristía, "Bendición" al Padre por la Creación y la Salvación	181
--	-----

Rodolfo Eduardo de Roux, S. J., de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana de Bogotá:

La Eucaristía y el Ministerio Jerárquico: Episcopado, Presbiterado y Diaconado	201
--	-----

Max Thurian, Monje de la Abadía de Taizé, Francia:

La Eucaristía Construye la Unión de los Cristianos	223
--	-----

Pierre Bigó, S. J., Director del IDES, Bogotá; del ILADES, Santiago de Chile:

Eucaristía y Desarrollo	243
-------------------------	-----

Thierry Maertens, O. S. B., de la Abadía de San Andrés, Brujas, Bélgica:

Interrogaciones a las que debe responder una Liturgia Comunitaria hoy en día	257
--	-----

Juan Alláreo, S. J., de la Universidad Gregoriana de Roma:

María y la Unión de los Cristianos	275
------------------------------------	-----

Jean Marie R. Tillard, O. P., Perito del Concilio Vaticano II:

L'Eucharistie et L'Eglise " Communion de Vie "	319
--	-----

III. "VINCULO DE AMOR"

Comisión Teológica del CEI:

Comentario Teológico al Lema del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional	345
---	-----

PRESENTACION

Nuestra Revista se complace en presentar a sus amigos y suscriptores la publicación de las Ponencias expuestas en el ENCUESTRO TEOLOGICO, que se celebró durante los días del XXXIX CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL en Bogotá.

El tema general de este Encuentro Teológico: **"Implicaciones eclesiales y humanas de la doctrina y vivencia eucarística"**, cobija con perfecta armonía las bellas y profundas palabras, que **Su Santidad el Papa Pablo VI** y también el **Señor Cardenal Giacomo Lercaro**, Legado pontificio al Congreso, pronunciaron en varias ocasiones durante este magnífico acontecimiento cristiano. Estas homilías y discursos honran el presente número de Nuestra Revista y prologan de manera inmejorable las Ponencias mismas del Encuentro de Teología.

Este Encuentro Teológico y su presente publicación quieren constituir un aporte sincero para la realización del deseo que el Sumo Pontífice expresó acerca del Congreso Eucarístico de Bogotá: "Concebimos la esperanza de que constituya estímulo a un nuevo dinamismo religioso y mayores virtudes sociales". La Eucaristía se presenta, por 9 reconocidos teólogos, en sus implicaciones doctrinales tanto en el orden espiritual como en el material y temporal; en relación con los individuos y los pueblos bajo el aspecto de su desarrollo cultural, ecuménico, sociológico y económico; como fruto de un humanismo cristiano auténtico y trascendental.

El **"Vínculo de Amor"**, lema del Congreso, fue propuesto y comentado por la Comisión Teológica del CEI, en toda su profundidad y en sus exigencias sociales y evangélicas. Presentamos también a nuestros lectores y amigos este Comentario Teológico, como suplemento doctrinal al contenido eucarístico de esta publicación.

Así pues, el presente número dedicado al Congreso Eucarístico consta de tres partes:

- I. ALOCUCIONES de Su Santidad el Papa Pablo VI y del Cardenal Lercaro.
- II. PONENCIAS DEL ENCUESTRO TEOLOGICO
- III. VINCULO DE AMOR, Comentario Teológico al Lema del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional.

ALOCUCIONES

DE
S. S. PABLO VI
Y DEL
CARDENAL LERCARO
EN EL
XXXIX CONGRESO
EUCARISTICO
INTERNACIONAL

BREVE PONTIFICIO AL CARDENAL LEGADO

**Leído durante la Inauguración del CEI, en el Templete Eucarístico.
(Bogotá, 18 de agosto de 1968).**

Señor Cardenal Giacomo Lercaro.

Dilecto hijo nuestro. Salud y bendición apostólica.

Bogotá, capital y baluarte de la ínclita Colombia, ciudad ilustre por su bella situación, por las gestas de su noble origen, y los hidalgos sentimientos de sus habitantes, pero más noble aún por su acción y observancia de la religión cristiana, ha sido escogida como digna sede para la celebración, en el próximo mes de agosto, del Congreso Eucarístico Internacional.

Muy grato nos será poder ver con nuestros propios ojos cuanto ahora conocemos, porque nos lo han referido. Habiendo, en efecto, determinado desde hace tiempo hacer una visita a América Latina, este acontecimiento de singular importancia religiosa, nos ofrece propicia ocasión para poner en obra nuestro deseo. Así, pues, nos trasladaremos a Bogotá en breve y fugaz viaje aéreo, que con la ayuda de Dios nos será feliz y seguro, y tenemos motivos para esperar que nuestra peregrinación será causa de provecho para la fe católica.

Ya, desde ahora, preparamos nuestro ánimo para llegar a vosotros, amados hijos colombianos, en la abundancia de la bendición del Evangelio de Cristo, lo cual abrá de sernos causa de grandes esperanzas y de cumplido gozo.

No siéndonos posible presidir todo el Congreso Eucarístico, porque nuestro pensamiento y nuestras solicitudes han de dirigirse también hacia otros campos y, en primer término, hacia la inauguración de la Conferencia Internacional General del Episcopado Latinoamericano, hemos decidido escoger a uno de los miembros del Sagrado Colegio Cardenalicio para que represente nuestra persona en las solemnísimas celebraciones del Augusto Sacramento.

Por tanto, con esta carta, te escogemos y te constituimos dilecto hijo, nuestro Delegado a látere, para que con nuestra autoridad y en nuestro nombre, presidas la ceremonia eucarística y seas portador de los paternales votos de nuestro ánimo benévolo.

Te conferimos el encargo de pregonar que sabemos y nos alegramos de que en Colombia y particularmente en Bogotá, la devoción a la Sagrada Eucaristía aumenta cada vez más en sus sinceros adoradores, los cuales compiten en rendir culto al *mysterium fidei* y ansían acercarse al Pan

que ha descendido del Cielo para hallar la vida y alcanzar el favor del Señor.

Es tan sublime la altura del Congreso Eucarístico que la mente casi desfallece en su estudio y contemplación, y las palabras son completamente inadecuadas para ensalzar su grandeza.

El Sacramento del Altar es el Sacramento de la Caridad. El vínculo de la perfección, la fuente de la vida.

Realmente, lo que el corazón es en el cuerpo humano, y lo que el Corazón Sacratísimo es en el cuerpo de Cristo, lo es también la Eucaristía en la Iglesia. Siendo ese el Cuerpo de Cristo, la Eucaristía cumple en ella la función vital del corazón.

Así, pues, el Augusto Sacramento del Altar, es para la Iglesia como el sol que en principio dota su vida; que con su calor todo lo hiere y lo encierra, lo visible y lo invisible, y que une el tiempo y la eternidad.

En la Última Cena, la noche en la cual fue entregado nuestro Salvador, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre, para perpetuar en los siglos hasta el día de su regreso el sacrificio de la Cruz, y para entregar así, a su esposa la Iglesia, el memorial de su muerte y de su resurrección, el sacramento de piedad, el signo de unidad, el vínculo de amor, el convite pascual en el cual se recibe a Cristo y el alma viene colmada de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura.

A la luz de estas consideraciones, querido hijo, te enviamos a exhortar a los participantes en el Congreso a fin de que imitando las tradiciones de sus antepasados, se esfuercen de hacer del culto a la Eucaristía el signo de la fe, la defensa contra los errores, el estímulo para una virtuosa actividad también en el terreno social.

En este sentido hablarás no tan solo a los colombianos sino a todos los delegados de las diversas partes del mundo que se congregarán en Bogotá, de suerte que elevando sus oraciones a Dios, tomen del Santo Congreso Eucarístico el aliento y las fuerzas para dar concorde y adecuada solución a las actuales situaciones sociales.

La oración y la acción obtengan que en la América Latina opere la paz de Cristo en el reino de Cristo; que florezcan los sentimientos de fraternidad, que se tenga probidad, que abunde la justicia. No por los medios violentos que a menudo engendran males mayores, sino a través de leyes solidarias, en favor primordialmente de las clases menos favorecidas y mediante la difusión de las verdades cristianas y del cumplimiento de los Mandamientos.

Estos celestiales dones de paz y de caridad, los alcance la bienaventurada Virgen del Rosario, la cual es venerada en el Santuario de Chiquinquirá, madre de gracia, de esperanza y de Santa Alegría, en la cual jamás se pone en falso la confianza y de quien se recibe siempre más de lo que se espera, porque con maternal magnificencia viva, da más de lo que desea recibir la suplicante indigencia de sus hijos.

Con la confianza de que desempeñarás tus funciones de Delegado, a Latere con más unidad y esplendor, de todo corazón otorgamos así en este hijo nuestro, al señor Cardenal Arzobispo de Bogotá, a todos los hermanos en el Episcopado, a las autoridades y a todos nuestros hijos, provenientes de las diversas naciones que participan en el Congreso, la Bendición Apostólica.

Dada en Roma, en San Pedro, el día 16 de julio de 1968. Año VI de nuestro Pontificado.

PABLO PAPA VI

SALUDO A COLOMBIA Y AMERICA LATINA

**Discurso del Santo Padre a la llegada al aeropuerto de Eldorado.
(Bogotá, 22 de agosto de 1968).**

“Señor presidente:

Apreciamos vivamente la cortesía que nos dispensa con su presencia y las deferentes expresiones de cordial bienvenida en las que percibimos el eco fiel de los sentimientos de la nación colombiana.

A vuestra excelencia, a los miembros del gobierno, a las personalidades eclesiásticas, civiles y militares, a cuantos aquí se encuentran congregados, nuestra profunda gratitud por haber querido recibirnos tan amablemente al llegar en esta peregrinación religiosa que consideramos parte de nuestro ministerio universal y con la cual deseamos reiterar, en forma inequívoca, nuestra fe, la fe de toda la catolicidad, en la Eucaristía, sacrificio y sacramento, a la vez que orar ante el Príncipe de la Paz por el mundo tan necesitado de ella.

Un gozo íntimo y una trepidante conmoción invade nuestro ánimo al ver que la Providencia nos ha reservado el privilegio de ser el primer Papa que llega a esta nobilísima tierra, a este cristiano continente, donde un día arcano —predestinado en los designios salvíficos de Dios— comenzó a añadirse la altura de la Cruz sobre las cimas andinas y, en los viejos caminos de los chibchas y de los mayas, de los incas, aztecas y tupiguaraníes, empezó a dibujarse la silueta de Cristo.

¡Pueblos de América Latina! mecidos en idénticos mares; cuyos ríos y cordilleras entrelazan comunidades de gentes honradas, pacientes, trabajadoras e hidalgas; cuyas fisonomías peculiares tienen el rasgo común de la fe en Cristo que ha vivificado siglos de historia y suscitado innumerables iniciativas promotoras de vuestra cultura y de vuestro bienestar. ¡Pueblos de América! A todos y cada uno va, desde el suelo de la hospitalaria Colombia, nuestro saludo, nuestro afecto, nuestra plegaria. Y nuestro corazón se dilata para agradecer a Dios el don inmenso de vuestras creencias católicas y para implorar de El que el dinamismo de vuestra fe, tradicional y renovada, despierte cada vez más el sentido de fraternidad y de colaboración armoniosa en orden a una constante convivencia pacífica, e impulse y consolide los esfuerzos por un progreso ordenado que, con el desarrollo técnico y el cultivo racional de tantas riquezas como el Señor puso en vuestros suelos, alcance equitativamente a todas las familias y categorías, en conformidad con los principios de justicia y de caridad cristianas.

¡Hijos amadísimos de Colombia y de América toda! En la dulce espera de poner sobre el altar del Congreso las intenciones, necesidades y ansias de cada uno, nuestras manos se alzan para bendeciros con el anhelo ardiente de que los rasgos de nuestra cruz alcancen, como testimonio de afecto y prenda de dones divinos, el mundo entero”.

SALUDO A LOS SACERDOTES

Palabras del Santo Padre en la Catedral de Bogotá.

(Bogotá, 22 de agosto de 1968).

“Qué gozo sereno invade nuestro ánimo al sentirnos en esta Catedral, junto al Sagrario Eucarístico, con vosotros, queridos hijos, cardenales de la Santa Iglesia —entre quienes vemos al dignísimo cardenal legado y al benemérito cardenal de Bogotá—, con vosotros, venerables hermanos en el Episcopado, amadísimos sacerdotes, vinculados todos en ese Cristo que personificamos en nuestro ministerio, en nuestra entrega a la voluntad del Padre, todos dedicados a la tremenda y dulce misión de conducir a El, por Cristo en el Espíritu, a la grande familia humana.

Gracias, amigos y colaboradores nuestros, por la alegría espiritual que nuestra presencia os procura. No os detengáis en nuestra humilde persona. Elévense vuestras mentes a Aquel a quien representamos y servimos, al Señor Jesús, a quien va todo honor y gloria particularmente en estos días de su suave y pacífico triunfo.

Gracias por la felicidad que nos dais. Que cada uno de vosotros se sepa correspondido, recordado y apreciado con un puesto de predilección en nuestro corazón.

Conocemos vuestras horas de fatigas y de entusiasmos apostólicos, vuestras jornadas dedicadas, fiel y generosamente, a vuestra santificación oblacional, a la parroquia, a la juventud, a los enfermos, a los pobres, a los niños, al mundo del trabajo, sectores en los que tanta y tan preciosa actividad desarrollan también las congregaciones religiosas y las organizaciones de apostolado seglar. Por todo ello os felicitamos edificado, en la confianza de que nuestro reconocimiento sea estímulo para ulteriores esfuerzos a fin de que Cristo siga llegando a tantos que todavía caminan a tientas porque aún esperan más luz y más fuerza que, con vitalidad siempre nueva, brotan del mensaje de que sois portadores.

Vivamos intensamente estos días de plegaria comunitaria, en conformidad con el espíritu de nuestra peregrinación. Oremos:

Por la Iglesia universal, para que cada día más nítidamente refleje su misión de redención y de amor;

Oremos:

Para que cuantos participamos del sacerdocio, vivamos continuamente nuestra consagración sobrenatural y divina, con la conciencia de ser Cristo comunicado y difundido, respetando sus dimensiones de santidad y de servicio abnegado;

Oremos:

Por el aumento y perseverancia de las vocaciones;

Por la armonía y santificación de las familias;

Por cuantos sufren;

Por la concordia y la paz del mundo en la justicia y en el amor.

Bogotá es un Cenáculo de transubstanciación sacramental, es la continuidad de aquel primero, donde tiene que seguir oyéndose, puesta en nuestros labios, la plegaria de Jesús al Padre por la Iglesia, por los hombres, y requiere que todos nosotros, en la espera de una nueva efusión de Pentecostés, perseveremos unánimemente en oración con María, su madre.

A esta actitud os invita y alienta la bendición apostólica que, de todo corazón, os impartimos”.

HOMILIA EN LA ORDENACION SACERDOTAL

Alocución del Santo Padre a los nuevos sacerdotes y diáconos.

Templete Eucarístico. (Bogotá, 22 de agosto de 1968).

“¡Señor Jesús! Te damos gracias por el misterio que acabas de realizar Tú, mediante el ministerio de nuestras manos y de nuestras palabras, por obra del Espíritu Santo.

Tú, te has dignado imprimir en el ser personal de estos elegidos tuyos una huella nueva, interior e imborrable; una huella, que les asemeja a Tí, por lo cual cada uno de ellos es y será llamado: otro Cristo. Tú has grabado en ellos tu semblante humano y divino, confiriéndoles no solo una inefable semejanza contigo, sino también una potestad y una virtud tuyas, que solo la eficacia divina de tu palabra atestigua y la de tu voluntad realiza.

Tuyos son, Señor, estos tus hijos, convertidos en hermanos y ministros tuyos, por un nuevo título. Mediante su servicio sacerdotal, tu presencia y tu sacrificio sacramental, tu Evangelio, tu Espíritu, en una palabra, la obra de tu salvación, se comunicará a los hombres, dispuestos a recibirla; se difundirá en el tiempo de la generación presente y de la futura una incalculable irradiación de tu caridad e inundará de tu mensaje regenerador esta dichosa nación y este inmenso continente, que se llama América Latina, y que acoge hoy los pasos de nuestro humilde, pero incontenible, ministerio apostólico.

Tuyos son, Señor, estos nuevos servidores de tu designio de amor sobrenatural; y también nuestros, porque han sido asociados a Nos, en la gran obra de evangelización, como los más cualificados colaboradores de nuestro ministerio, como hijos predilectos nuestros: más aún, como hermanos en nuestra dignidad y en nuestra función, como obreros esforzados y solidarios en la edificación de su Iglesia, como servidores y guías, como consoladores y amigos del Pueblo de Dios, como dispensadores, semejantes a Nos, de tus misterios.

Te damos gracias, Señor, por este acontecimiento, que tiene origen en tu infinito amor y que, más que hacernos dignos, nos obliga a celebrar su misericordia misteriosa y nos incita solícitamente, casi con impaciencia, para salir al encuentro de las almas a las cuales está destinada toda nuestra vida, sin posibilidad de rescate, sin límites de donación, sin segundas intenciones de intereses terrenos.

¡Señor! En este momento decisivo y solemne, nos atrevemos a expresarte una súplica candorosa, pero no falta de sentido: haz, Señor, que comprendamos.

Nosotros comprendemos, cuando recordamos que Tú, Señor Jesús, eres el mediador entre Dios y los hombres; no eres diafragma, sino cauce; no eres obstáculo, sino camino; no eres un sabio entre tantos, sino el único Maestro; no eres un profeta cualquiera, sino el intérprete único y necesario del misterio religioso, el solo que une a Dios con el hombre y al hombre con Dios. Nadie puede conocer al Padre, has dicho Tú, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo, que eres Tú, Cristo, Hijo del Dios vivo, quisiere revelarlo (1). Tú eres el revelador auténtico. Tú eres el puente entre el reino de la tierra y el Reino del Cielo: sin Tí, nada podemos hacer (2). Tú eres necesario, Tú eres suficiente para nuestra salvación. Haz, Señor, que comprendamos estas verdades fundamentales.

Y haz que comprendamos, cómo nosotros, sí, nosotros, pobre arcilla humana tomada en tus manos milagrosas, nos hemos transformado en ministros de esta tu única mediación eficaz (3). Corresponderá a nosotros, en cuanto representantes tuyos y administradores de tus divinos misterios (4) difundir los tesoros de tu palabra, de tu gracia, de tus ejemplos entre los hombres, a los cuales desde hoy está dedicada totalmente y para siempre toda nuestra vida(5).

Esta misma mediación ministerial nos sitúa, hombres frágiles y humildes como seguimos siendo, en una posición, sí, de dignidad y de honor (6), de potestad (7), de ejemplaridad (8), que califica moral y socialmente nuestra vida y tiende a asimilar el sentimiento de nuestra conciencia personal al mismo que embargó tu divino corazón, oh Cristo (9); habiéndonos convertido nosotros también, casi conviviendo contigo, en Tí (10), en sacerdotes y víctimas al mismo tiempo (11), dispuestos a cumplir con todo nuestro ser, como Tú, Señor, la voluntad del Padre (12), obedientes hasta la muerte, como lo fuiste Tú hasta la muerte de cruz (13) para salvación del mundo (14).

Pero ahora, Señor, lo que quisiéramos entender mejor, es el efecto psicológico que el carácter representativo de nuestra misión debe producir en nosotros y la doble polarización de nuestra mentalidad, de nuestra espiritualidad y también de nuestra actividad hacia los dos términos que encuentran en nosotros el punto de contacto y de simultaneidad: Dios y el hombre, en una analogía viviente y magnífica contigo, Dios y hombre.

Dios tiene en nosotros su instrumento vivo, su ministro y por tanto su intérprete, el eco de su voz; su tabernáculo, el signo histórico y social de su presencia en la humanidad, el hogar ardiente de irradiación de su amor hacia los hombres. Este hecho prodigioso (haz, Señor, que nunca lo olvidemos) lleva consigo un deber, el primero y el más dulce de nuestra vida sacerdotal: el de la intimidad con Cristo, en el Espíritu

Santo y por lo mismo contigo, ¡Oh Padre! (15); es decir, el de una vida interior auténtica y personal, no solo celosamente cuidada en el pleno estado de gracia, sino también voluntariamente manifestada en un continuo acto reflejo de conciencia, de coloquio, de suspensión amorosa, contemplativa (16). La reiterada palabra de Jesús en la última Cena: “*manete in dilectione mea*” (17) se dirige a nosotros, amadísimos hijos y hermanos. En este anhelo de unión con Cristo y con la revelación, abierta por El en el mundo divino y humano, está la primera actitud característica del ministro, hecho representante de Cristo e invitado, mediante el carisma del orden sagrado, a personificarlo existencialmente en sí mismo. Esto es algo importantísimo para nosotros, es indispensable. Y no creáis que esta absorción de nuestra consciente espiritualidad en el coloquio íntimo con Cristo, detenga o frene el dinamismo de nuestro ministerio, es decir, retrase la expansión de nuestro apostolado externo, o quizá sirva también para evadir la molesta y pesada fatiga de nuestra entrega al servicio de los demás, la misión que se nos ha confiado; no, ella es el estímulo de la acción ministerial, la fuente de energía apostólica y hace eficiente la misteriosa relación entre el amor a Cristo y la entrega pastoral (18). Más aún, es así como nuestra espiritualidad sacerdotal de representantes de Dios ante el pueblo, se orienta hacia su otro polo, de representantes del pueblo ante Dios. Y esto, fijaos bien, no solo para prodigar a los hombres, amados por amor a Cristo, toda la actividad, todo nuestro corazón, sino también y en una fase anterior psicológica, para asumir nosotros su representación; en nosotros mismos, en nuestro afecto, en nuestra responsabilidad, recogemos al pueblo de Dios. Somos no solo ministros de Dios, sino también ministros de la Iglesia (19); más aún, deberemos tener siempre presente que el sacerdote cuando celebra la santa misa, hace “*populi vices*” (20); y así, por lo que se refiere a la validez sacramental del sacrificio, el sacerdote actúa “*in persona Christi*”; mientras que en cuanto a la aplicación actúa como ministro de la Iglesia (21).

Pidamos, pues, al Señor, que nos infunda el sentido del pueblo que representamos y que llevamos en nuestra misión sacerdotal y en nuestro corazón de consagrados a su salvación; del pueblo que reunimos en comunidad eclesial, que convocamos en torno al altar, de cuyas necesidades, plegarias, sufrimientos, esperanzas, debilidades y virtudes somos intérpretes. Nosotros constituímos, en el ejercicio de nuestro ministerio cultural, el pueblo de Dios.

Nosotros hacemos coincidir en nuestro carácter representativo y ministerial las diversas categorías que componen la comunidad cristiana: los niños, los jóvenes, la familia, los trabajadores, los pobres, los enfer-

mos y también los lejanos y los adversarios. Nosotros somos el amor que une a las gentes de este mundo. Somos su corazón. Somos su voz, que adora y ruega, que goza y llora. Nosotros somos su expiación (22). Somos los mensajeros de su esperanza.

Haz, Señor, que comprendamos. Tenemos que aprender a amar así a los hombres. Y también a servirlos así. No nos costará estar a su servicio, al contrario, esto será nuestro honor y nuestra aspiración. No nos sentiremos nunca apartados socialmente de ellos, por el hecho de que seamos y debamos ser distintos en virtud de nuestro oficio. No rehusaremos jamás ser para ellos hermanos, amigos, consoladores, educadores y servidores. Seremos ricos con su pobreza y pobres en medio de sus riquezas. Seremos capaces de comprender sus angustias y de transformarlas no en cólera y en violencia, sino en la energía fuerte y pacífica de obras constructivas. Sabremos estimar que nuestro servicio sea silencioso (23), desinteresado (24) y sincero en la constancia, en el amor y en el sacrificio; confiados en que tu poder, Señor, lo hará un día eficaz (25). Tendremos siempre delante y dentro del espíritu, a la Iglesia, una, santa, católica, en peregrinación hacia la meta eterna; y llevaremos grabado en la memoria y en el corazón nuestro lema apostólico: "**Pro Christo ergo legatione fungimur**" (26).

Mira, Señor; estos nuevos sacerdotes, estos nuevos diáconos harán propia la divisa, la consigna de ser embajadores tuyos, tus heraldos, tus ministros en esta tierra bendita de Colombia, en este cristiano continente de América Latina.

Tú, Señor, los llamaste, Tú los has revestido ahora de la gracia, de los carismas, de los poderes de la ordenación, sacerdotal en unos y diacanal en otros. Haz que todos sean siempre ministros fieles tuyos.

Nos te suplicamos, Señor, que mediante su ministerio y su ejemplo se conserve la fe católica en estos países; se encienda con nueva luz y resplandezca en la caridad operante y generosa. Te pedimos que su testimonio haga eco al de sus obispos y robustezca el de sus hermanos, a fin de que todos sepan alimentar la verdadera vida cristiana en el pueblo de Dios; que tengan la lucidez y la valentía del espíritu para promover la justicia social, para amar y defender a los pobres, para servir con la fuerza del amor evangélico y con la sabiduría de la Iglesia, madre y maestra, a las necesidades de la sociedad moderna; y finalmente, Te suplicamos que, recordando este Congreso, ellos busquen y gusten en el Misterio eucarístico la plenitud de su vida espiritual y la fecundidad de su ministerio pastoral. ¡Te lo pedimos! ¡Escúchanos, Señor!".

- (1) Cfr. Mt. 11, 27; Jo. 1, 18.
- (2) Cfr. Jo. 15, 5.
- (3) Cfr. S. Th. III, 26, 1, ad 1.
- (4) Cfr. I Cor. 4, 1; I Pet. 4, 10.
- (5) Cfr. 2 Cor. 4, 5;
- (6) Cfr. 2 Cor. 3, 7;
- (7) Cfr. I Cor. 11, 24-25; Jo. 20-33; Act. 1, 22; 1 Pet. 5, 2 etc.
- (8) Cfr. I Cor. 4, 16; 11, 1; Fil. 3, 17; 1 Pet. 5, 3.
- (9) Cfr. Fil. 2, 5; Ef. 5, 1.
- (10) Cfr. Gal. 2, 2.
- (11) Cfr. Gal. 2, 19.
- (12) Cfr. Ps. 102, 21; Heb. 13, 21.
- (13) Cfr. Fil. 2, 8;
- (14) Cfr. I Cor. 11, 26.
- (15) Cfr. Jo. 16, 27.
- (16) Cfr. S. Gregorio, *Regula Pastoralis I: "contemplatione suspensus"*.
- (17) Jo. 15, 9; 15, 4, etc.
- (18) Cfr. Jo. 21, 15 ss.
- (19) Cfr. Enc. *Mediator Dei*, A.A.S., 1947, p. 539.
- (20) Pio XII, *Aloc. Magnificate Dominum*, A.A.S., 1954, p. 668.
- (21) Cfr. Ch. Journet, *l'Eglise du Verbe Incarné*, I, p. 110, n. 1, 1ª ed.; Cfr. S. Th. III, 22, 1; Cfr. 2 Cor. 5, 11
- (22) Cfr. 2 Cor. 5, 21.
- (23) Cfr. Mt. 6, 3.
- (24) Cfr. Mt. 10, 8.
- (25) Cfr. Jo. 4, 37.
- (26) 2 Cor. 5, 20.

AL SEÑOR PRESIDENTE DE COLOMBIA

Discurso del Santo Padre en la visita al señor Presidente de Colombia.
Palacio de San Carlos. (Bogotá, 23 de agosto de 1968).

“Señor presidente:

Agradecemos profundamente el recibimiento tan cortés que nos dispensa, que está en consonancia con su cordialidad, refleja las relaciones felizmente existentes entre Colombia y la Santa Sede y pone también de relieve los sentimientos y la trayectoria religiosa de su nobilísima nación.

Tantos nombres y fechas, vinculados a la gloriosa historia patria, evocan la presencia operante de la Iglesia que tiene carta de ciudadanía en este querido país desde los albores del descubrimiento del Nuevo Mundo, —cuando España y Portugal comenzaban a dejar huellas cristianas de su histórica empresa en este continente—, desde los días de San Luis Beltrán, el evangelizador infatigable, y de San Pedro Claver, el apóstol de Cartagena. El mismo nombre de Santa Fe de Bogotá, convergencia de unificación territorial, ¿no indica que un pueblo comenzaba a surgir unificado también por la fe? El templo de la Veracruz, Panteón Nacional donde reposan las cenizas de los próceres de la independencia, ese otro de la Villa del Rosario, donde se firmó la Constitución de la Gran Colombia, ¿no son un testimonio de que la Iglesia tuvo una parte preponderante en la formación y en las gestas del espíritu nacional? ¿Cómo no recordar el influjo que ella, a través de sus parroquias, universidades, escuelas y obras de asistencia, ha ejercido y ejerce en la vida y en la elevación moral de Colombia?

La Iglesia que formó ciudadanos de probidad lineal, de sólidas virtudes personales y cívicas, continúa en actividad de servicio: ofreciendo una fe vital, unas verdades objetivas, unas normas morales que enaltecen al hombre y a la sociedad; templan caracteres rectos y fuertes; tutelan los derechos intangibles y universales de la libertad y de la justicia; despiertan la conciencia para actuar sin indiferentismos en la honestidad; hacen más operante la responsabilidad de cada uno; dan a los urgentes problemas sociales claras orientaciones y vigorosos postulados para su solución equitativa; mantienen y consolidan, en el mutuo respeto de los individuos y de las familias, la convivencia dentro de las fronteras patrias y la proyectan al concierto armonioso y constructivo de los pueblos.

Deseamos y pedimos a Dios para la hermosa Colombia de límpidas tradiciones que los principios ético-religiosos sigan influyendo, con la decidida y valiente colaboración de mentes y de voluntades, en el ámbito

personal y social; que sigan orientando e impulsando a cuantos —como vuestra excelencia— viven y se esfuerzan con las miradas puestas en una Colombia más próspera y segura, más justa en sus industrias y en sus campos, más empeñada en la ulterior promoción espiritual y material de todas sus categorías.

Con estos ardientes anhelos nos complacemos en otorgar a vuestra excelencia y a las personalidades aquí presentes la Bendición Apostólica que extendemos a todos los amadísimos colombianos”.

A LOS CAMPESINOS

**Discurso del Santo Padre a los campesinos. Campo de San José,
(Mosquera, 23 de agosto de 1968).**

“¡Salve, campesinos colombianos!

¡Salve, trabajadores de la tierra en América Latina! ¡Paz y bendición a todos, en el nombre de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador!

Os confiamos que este encuentro con vosotros es uno de los momentos más deseados y más hermosos de nuestro viaje; uno de los más íntimos y significativos de nuestro ministerio apostólico y pontificio.

Hemos venido a Bogotá para rendir honor a Jesús en su misterio eucarístico y sentimos pleno gozo por haber tenido la oportunidad de hacerlo, llegando también ahora hasta aquí para celebrar la presencia del Señor entre nosotros, en medio de la Iglesia y del mundo, en vuestras personas. Sois vosotros un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo. El sacramento de la Eucaristía nos ofrece su escondida presencia, viva y real; vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo, un reflejo que representa y no esconde su rostro humano y divino. Os recordamos lo que dijo un grande y sabio obispo, Bossuet, sobre la “eminente dignidad de los pobres” (1). Y toda la tradición de la Iglesia reconoce en los pobres el Sacramento de Cristo, no ciertamente idéntico a la realidad de la Eucaristía, pero sí en perfecta correspondencia analógica y mística con ella. Por lo demás Jesús mismo nos lo ha dicho en una página solemne del Evangelio, donde proclama que cada hombre doliente, hambriento, enfermo, desafortunado, necesitado de compasión, y de ayuda es El, como si El mismo fuese ese infeliz, según la misteriosa y potente sociología (2), según el humanismo de Cristo.

Amadísimos hijos, vosotros sois Cristo para Nos. Y Nos, que tenemos la formidable suerte de ser su Vicario en el magisterio de la verdad revelada por El, y en el ministerio pastoral de toda la Iglesia Católica, queremos descubrir a Cristo como redivivo y padeciendo en vosotros. No hemos venido para recibir vuestras filiales aclamaciones, siempre gratas y conmovedoras, sino para honrar al Señor en vuestras personas, para inclinarnos por tanto ante ellas y para deciros que aquel amor, exigido tres veces por Cristo resucitado a Pedro (3), de quien somos el humilde y último sucesor, lo rendimos a El en vosotros, en vosotros mismos. Os amamos, como Pastor. Es decir, compartiendo vuestra indigencia y con la responsabilidad de ser vuestro guía y de buscar vuestro bien y vuestra salvación. Os amamos con un afecto de predilección y con Nos, recordadlo bien y tenedlo siempre presente, os ama la Santa Iglesia Católica. Por-

que conocemos las condiciones de vuestra existencia: condiciones de miseria para muchos de vosotros, a veces inferiores a la exigencia normal de la vida humana. Nos estáis ahora escuchando en silencio; pero oímos el grito que sube de vuestro sufrimiento y del de la mayor parte de la humanidad (4). No podemos desinteresarnos de vosotros; queremos ser solidarios con vuestra buena causa, que es la del pueblo humilde, la de la gente pobre. Sabemos que el desarrollo económico y social ha sido desigual en el gran continente de América Latina; y que mientras ha favorecido a quienes lo promovieron en un principio, ha descuidado la masa de las poblaciones nativas, casi siempre abandonadas en un innoble nivel de vida y a veces tratadas y explotadas duramente. Sabemos que hoy os percatáis de la inferioridad de vuestras condiciones sociales y culturales, y estáis impacientess por alcanzar una distribución más justa de los bienes y un mejor reconocimiento de la importancia que, por ser tan numerosos, merecéis y del puesto que os compete en la sociedad. Bien creemos que tenéis algún conocimiento de cómo la Iglesia Católica ha defendido vuestra suerte; la han vindicado los Papas, nuestros predecesores, con sus célebres encíclicas sociales (5); la ha defendido el Concilio Ecu­ménico (6). Nos mismo hemos patrocinado vuestra causa en la encíclica "Sobre el Progreso de los Pueblos".

Pero hoy el problema se ha agravado porque habéis tomado conciencia de vuestras necesidades y de vuestros sufrimientos y, como otros muchos en el mundo, no podéis tolerar que estas condiciones deben perdurar siempre sin ponerles solícito remedio.

Nos preguntamos: ¿Qué podemos hacer por vosotros, después de haber hablado en vuestro favor? No tenemos, lo sabéis bien, competencia directa en estas cuestiones temporales, y ni siquiera medios ni autoridad para intervenir prácticamente en este campo.

Pero os queremos decir:

1) Nos seguiremos defendiendo vuestra causa. Podemos afirmar y confirmar los principios, de los cuales dependen las soluciones prácticas. Continuaremos proclamando vuestra dignidad humana y cristiana. Vuestra existencia tiene un valor de primera importancia. Vuestra persona es sagrada. Vuestra pertenencia a la familia humana debe ser reconocida, sin discriminaciones, en un plano de hermandad. Esta, aun admitiendo un orden jerárquico y orgánico en el conjunto social, debe ser reconocida efectivamente, ya sea en el campo económico, con particular atención a la justa retribución, a la habitación conveniente, a la instrucción de base y a la asistencia sanitaria, ya sea en el campo de los derechos civiles y

de la participación gradual en los beneficios y en las responsabilidades del orden social.

2) Seguiremos denunciando las injustas desigualdades económicas, entre ricos y pobres; los abusos autoritarios y administrativos en perjuicio vuestro y de la colectividad. Continuaremos alentando las iniciativas y los programas de las autoridades responsables, de las entidades internacionales, y de los países prósperos, en favor de las poblaciones en vía de desarrollo. A este respecto nos alegra saber que, en feliz coincidencia con el gran Congreso Eucarístico, se están estudiando y promoviendo planes nuevos y orgánicos para las clases trabajadoras, especialmente para las rurales, para vosotros, ¡campesinos! Y, con esta oportunidad exhortamos a todos los gobiernos de América Latina y de los otros continentes, como también a todas las clases dirigentes y acomodadas, a seguir afrontando con perspectivas amplias y valientes, **las reformas necesarias que garanticen un orden social más justo y más eficiente**, con ventajas progresivas de las clases hoy menos favorecidas y con una más equitativa aportación de impuestos por parte de las clases más pudientes; en particular de aquellas que poseyendo latifundios no están en grado de hacerlos más fecundos y productivos, o pudiéndolo, gozan de los frutos para provecho exclusivo suyo; lo mismo decimos de aquellas categorías de personas que, con poca o ninguna fatiga, realizan utilidades excesivas o perciben conspicuas retribuciones.

3) Igualmente seguiremos patrocinando la causa de los países necesitados de ayuda fraterna para que otros pueblos, dotados de mayores y no siempre bien empleadas riquezas, quieran ser generosos en dar aportaciones; no lesionen la dignidad ni la libertad de los pueblos beneficiados, y abran al comercio vías más fáciles en favor de las naciones, todavía sin suficiencia económica. Por nuestra parte alentaremos, con los medios a nuestro alcance, este esfuerzo por dar a la riqueza su finalidad primaria de servicio al hombre, no solo en un plano privado y local, sino también más amplio, internacional, frenando así el goce fácil y egoísta de la misma o su empleo en gastos superfluos o en exagerados y peligrosos armamentos.

4. Nos mismos trataremos, en el límite de nuestras posibilidades económicas, de dar ejemplo, de reavivar siempre en la Iglesia sus mejores tradiciones de desinterés, de generosidad, de servicio, apelándonos cada vez más a aquel espíritu de pobreza, que nos predicó el divino Maestro y que nos ha recordado el Concilio Ecuménico de manera autorizada (7).

5) Consentidnos amadísimos hijos, que os anunciemos también a vosotros la bienaventuranza que os es propia, la bienaventuranza de la pobreza evangélica. Dejad que Nos, aunque siempre nos esforcemos en todas las maneras para aliviar vuestras penas y para procurarnos un pan más abundante y más fácil, os recordemos que “no solo de pan vive el hombre” (8) y que de otro pan, el del alma, es decir, el de la religión, el de la fe, el de la palabra y de la gracia divinas, tenemos todos necesidad; y dejad que os digamos aún más: vuestras condiciones de gente humilde son más propicias para alcanzar el reino de los cielos, esto es, los bienes supremos y eternos de la vida, si son llevadas con paciencia y con la esperanza de Cristo.

Permitid, finalmente, que os exhortemos a no poner vuestra confianza en la violencia ni en la revolución; tal actitud es contraria al espíritu cristiano y puede también retardar y no favorecer la elevación social a la cual aspiráis legítimamente. Procurad más bien secundar las iniciativas en favor de vuestra instrucción, por ejemplo la de Acción Cultural Popular; procurad estar unidos y organizaros bajo el signo cristiano, y capacitaros para modernizar los métodos de vuestro trabajo rural; amad vuestros campos y estimad la función humana, económica, civil de trabajadores de la tierra, que vosotros ejercitáis.

¡Recibid nuestra Bendición Apostólica! Es para vosotros, campesinos de Colombia, de América Latina; para todos vosotros, trabajadores del campo en el mundo entero. Descienda ella sobre vuestras personas, sobre vuestras familias, sobre los niños, los jóvenes, los ancianos, los enfermos; descienda sobre vuestras casas, sobre vuestros cultivos. Descienda sobre cuantos os aman y os asisten. Descienda llena de consuelos y de gracias, por virtud de aquel Jesús, a quien representamos aquí, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

(1) Cfr. Bossuet. De l'éminente dignité des Pauvres.

(2) Cfr. Mt. 25, 35 ss.

(3) Cfr. Jo. 21, 15 ss.

(4) Cfr. Concilio Vaticano II. Const. “Gaudium et Spes” n. 88.

(5) Cfr. Encíclica “Mater et Magistra”, A.A.S. 1961, pág. 422 ss.

(6) Cfr. “Gaudium et Spes”, nn. 9, 66, 71, etc.

(7) Cfr. Concilio Vaticano II. Const. “Lumen Gentium”, n. 8; “Gaudium et Spes”, n. 88.

(8) Mt. 4, 4.

A LOS PERIODISTAS

**Discurso del Santo Padre a los representantes de la prensa, radio y televisión.
(Mosquera, 23 de agosto de 1968).**

“Señores de la Prensa, Radio y Televisión:

En estos días estáis aproximando Bogotá a las más apartadas regiones del mundo y facilitáis el que muchos sigan de cerca las vivencias eucarístico-eclesiales que aquí se verifican. ¿Cómo no agradeceremos este fiel y precioso servicio?

Bien sabéis el respeto y la estima que vuestra vocación profesional nos merece. Tenéis la delicada responsabilidad de contribuir al bien común con vuestra información que ha de ser siempre verdadera y, salvadas la justicia y la caridad, íntegra: respetando las leyes morales y los legítimos derechos y dignidad del hombre, tanto en la obtención de la noticia como en su difusión. (Cfr. Decreto “Inter Mirifica” n. 5).

Es cierto que muchas veces os veis obligados a referir sucesos dolorosos, que entristecen o apasionan a la opinión pública. Pero también es cierto que frecuentemente lo bueno, lo bello, los valores profundos, pasan inobservados. Anotadlos vosotros y describidlos con palabras que dejen la impresión real de que, por fortuna, no faltan ejemplos que inspiran serenidad, confianza y estímulo a su imitación. La paz, las virtudes, los heroísmos callados, también tienen su historia: sed vosotros sus cronistas exactos y alentadores.

Y, como hicimos en Bombay, también aquí os confiamos un mensaje; que las naciones cesen en su carrera hacia los armamentos; que dediquen al menos una parte de tan ingentes gastos a un fondo internacional para aliviar los graves problemas que angustian a tantos pueblos reducidos a un lastimoso nivel de vida. Lanzad de nuevo a la opinión pública este llamamiento.

Y decid también que en nuestro pensamiento angustiado están, sobre todo en estos días, los pueblos de Checoslovaquia, no menos que esas partes de Asia y de Africa afligidas por la guerra, cuyos sufrimientos y preocupaciones llevamos tan dentro de nuestro corazón, en nuestros votos y plegarias. A las personas responsables de la suerte de esas queridas poblaciones, nos dirigimos pidiéndoles insistentemente que se empeñen con toda la buena voluntad y dediquen todos sus esfuerzos a la solución de los dramáticos problemas pendientes, en el respeto de los derechos de la persona humana y de las naciones.

Difundid, pues, vosotros, estos mensajes de justicia y de paz. Los hombres os lo agradecerán y Dios os colmará de sus dones. En prenda de ellos, otorgamos a vosotros, seres queridos, una cordial Bendición Apostólica”.

HOMILIA SOBRE EL DESARROLLO

Alocución del Santo Padre en la Santa Misa de la Jornada del Desarrollo, Templete Eucarístico. (Bogotá, 23 de agosto de 1968).

“Hermanos, hijos, amigos todos carísimos en Cristo :

Queremos dirigiros unas sencillas palabras. Ellas suponen que todos nosotros aquí presentes y cuantos desde lejos escuchan nuestra voz, estamos firmemente persuadidos de la verdad del título que se ha dado al misterio eucarístico para definir este Congreso: vínculo de caridad. Se ha tratado así de penetrar en las intenciones del Señor, el cual al instituir este sacramento quiso unir su vida divina a la nuestra tan íntimamente, tan amorosamente, hasta convertirse en alimento nuestro y de este modo hacernos partícipes personalmente de su sacrificio redentor, representado y perpetuado en el sacramento eucarístico. Pero no quiso con ello acabar en el ámbito de cada uno de los comensales de su mesa sacramental, la onda de su caridad sino injertar y llevar a cada uno de nosotros en el designio de salvación, abierto a toda la humanidad y realizado en aquellos que se dejan absorber por la unidad efectiva de su cuerpo místico que es la Iglesia (1). La finalidad, la gracia, la virtud de la Eucaristía que brota del amor de Cristo hacia nosotros, tienden a difundir este amor desde nosotros a los demás. Quien se nutre de la Eucaristía, debe por esto mismo comprender su vocación a la caridad para con el prójimo, debe dilatar el espacio de la caridad (2) desde sí mismo a los otros, debe poner en conexión el vínculo sacramental de caridad que lo incorpora vitalmente a Cristo, con el vínculo social de caridad, mediante el cual debe unir la propia vida a la vida de los demás hombres, transformados virtualmente en hermanos suyos.

Esta es la premisa, este es el punto de acuerdo del que todos debemos estar convencidos.

Por ello, al celebrar en medio de vosotros, con vosotros y para vosotros, esta santa misa, no tenemos otra cosa que deciros sino esta: en nombre de Cristo y como empujados por su caridad interior, haceos todos y cada uno promotores de su caridad. Dejaos colmar de su amor en el secreto de vuestra intimidad personal, y después, procurad que este amor rebose, se extienda idealmente en el círculo universal de la humanidad y prácticamente en la esfera de vuestras relaciones familiares y sociales. Que la chispa de amor, encendida en cada uno de los corazones, se convierta en fuego, que arda en el ámbito comunitario de nuestra vida. Haced del amor de Cristo el principio de renovación moral y de regeneración social de esta América Latina, a donde hemos venido también para

suscitar la llama de esa caridad que une al manantial supremo de nuestra salvación y transforma la convivencia humana, tan necesitada de superar sus divisiones y sus contrastes, en una familia de hermanos. El amor es el principio, la fuerza, el método, el secreto, para lograrlo. El amor es la causa por la cual vale la pena actuar y luchar. El amor debe ser el vínculo para transformar a la gente sencilla, amorfa, desordenada, sufrida y a veces maliciosa, en un pueblo nuevo, vivo y activo, en un pueblo unido, fuerte, consciente, próspero y feliz. Al decir amor, entendemos el amor a Cristo, su misteriosa caridad, divina y humana; el amor de Dios que trasciende el amor a los hombres y que, siendo distinto de este, es su luz y su manantial.

No prolongaremos nuestro discurso, sino para dirigir a las categorías más numerosas y más representativas de esta asamblea, una palabra relacionada con una objeción que puede surgir en la mente de todos: ¿Basta la caridad? ¿Es suficiente el amor para levantar el mundo y para vencer las innumerables dificultades de diversa índole que se oponen al desarrollo transformador y regenerador de la sociedad, como la historia, la etnografía, la economía, la política, la organización de la vida pública, nos la presentan hoy? ¿Estamos seguros de que frente al mito moderno de la efectividad temporal, la caridad no es pura ilusión ni una alienación? Tenemos que responder sí y no. Sí, la caridad es necesaria y suficiente como principio propulsor del gran fenómeno innovador de este mundo imperfecto en que vivimos. No, la caridad no basta si se queda en pura teoría verbal y sentimental (3) y si no va acompañada de otras virtudes, la primera, la justicia, que es la medida mínima de la caridad, y de otros coeficientes, que hagan práctica, operante y completa la acción, inspirada y sostenida por la misma caridad, en el campo específicamente variado de las realidades humanas y temporales.

Bien sabemos que tales realidades en América Latina —en el momento en que el Papa viene por primera vez a visitar este continente— se encuentran en una situación de crisis profunda, verdaderamente histórica, la cual encierra, tantos, excesivos aspectos de preocupación angustiosa.

¿Puede el Papa ignorar este fermento? ¿No habría fallado una de las finalidades de este viaje si él volviese a Roma sin haber afrontado el punto central del problema que origina tanta inquietud?

Muchos, especialmente entre los jóvenes, insisten en la necesidad de cambiar urgentemente las estructuras sociales que según ellos, no consentirían la consecución de unas efectivas condiciones de justicia para los

individuos y las comunidades; y algunos concluyen que el problema esencial de América Latina no puede ser resuelto sino con la violencia.

Con la misma lealtad con la cual reconocemos que tales teorías y prácticas encuentran frecuentemente su última motivación en nobles impulsos de justicia y de solidaridad debemos decir y reafirmar que la violencia no es evangélica ni cristiana; y que los cambios bruscos o violentos de las estructuras serían falaces, ineficaces en sí mismos y no conformes ciertamente a la dignidad del pueblo la cual reclama que las transformaciones necesarias se realicen desde dentro, es decir, mediante una conveniente toma de conciencia, una adecuada preparación y esa efectiva **participación** de todos que la ignorancia y las condiciones de vida, a veces infrahumanas, impiden hoy que sea asegurada.

Por tanto, a nuestro modo de ver, la llave para resolver el problema fundamental de América Latina, la ofrece un doble esfuerzo, simultáneo, armónico y recíprocamente benéfico: proceder, sí, a una reforma de las estructuras sociales, pero que sea gradual y por todos asimilable y que se realice contemporánea y unánimemente, y diríamos como una exigencia de la labor vasta y paciente encaminada a favorecer la elevación de la "manera de ser hombres" de la gran mayoría de quienes hoy viven en América Latina. Ayudar a cada uno a tener plena conciencia de su propia dignidad, a desarrollar su propia personalidad dentro de la comunidad de la que es miembro, a ser sujeto consciente de sus derechos y de sus obligaciones, a ser libremente un elemento válido de progreso económico, cívico y moral en la sociedad a la que pertenece: esta es la grande y primordial empresa, sin cuyo cumplimiento, cualquier cambio repentino de estructuras sociales sería un artificio vano, efímero y peligroso.

Esa empresa, bien lo sabéis, se traduce concretamente en toda actividad apta para favorecer la promoción integral del hombre y su inserción activa en la comunidad: alfabetización, educación de base, educación permanente, formación profesional, formación de la conciencia cívica y política, organización metódica de los servicios materiales que son esenciales para el desarrollo normal de la vida individual y colectiva en la época moderna.

¿Podemos esperar que el grave problema será examinado y justamente comprendido a la luz también del misterio de la caridad que estamos celebrando? ¿Sabréis sacar de este misterio, vosotros, queridos hijos de América Latina, la fuerza necesaria y eficaz para dar a cada uno su debida y urgente aportación a fin de resolverlo? Sí. El Papa lo espera. El Papa tiene confianza en vosotros.

Por nuestra parte, queremos recalcar aquí, ante vosotros, representantes calificados de todas las categorías sociales de América Latina, nuestro empeño: proseguir con renovado entusiasmo y con todos los medios a nuestro alcance, en el esfuerzo en orden a la realización de los intentos mencionados, intentos y propósitos que ya proclamamos al mundo con la Encíclica "Populorum Progressio".

Diremos ahora una palabra especial a vosotros, estudiantes, a vosotros, estudiosos y hombres de la cultura: es necesario que vuestra caridad se empeñe sobre todo con el pensamiento, y tenga la sed, la humildad y la valentía de la verdad. Es incumbencia vuestra especialmente liberar a vosotros mismos y a nuestro mundo intelectual de la supina adhesión a los lugares comunes, a la cultura de masa, a las ideologías que la moda o la propaganda convierten en fáciles e irresistibles; y sois vosotros los que habéis de encontrar en la verdad —la única que tiene derecho a comprometer nuestra mente—, la libertad de obrar como hombres y como cristianos (4). Y toca a vosotros, entre todos, ser apóstoles de la verdad.

Queremos deciros también a vosotros, trabajadores, cuál nos parece que deba ser el camino para desplegar vuestra caridad, alimentada por la fe y por la comunión en Cristo; el camino que conduce al encuentro con vuestros compañeros de fatiga y de esperanza; este camino es la unión, es decir, la asociación, no como simple estructura organizativa o como instrumento de sumisión colectiva, en manos del despotismo de algunos jefes inapelables, sino como escuela de conciencia social, como profesión de solidaridad, de hermandad, de defensa de los intereses comunes y de empeño ante los comunes deberes. Vuestra caridad debe, por tanto, tener para sí misma la fuerza: la fuerza del número, del dinamismo social; no la fuerza subversiva de la revolución y de la violencia sino la constructiva de un orden nuevo más humano, en el cual se satisfagan vuestras legítimas aspiraciones y todo factor económico y social converja en la justicia del bien común. Ya sabéis cómo en vuestro esfuerzo por este orden nuevo y mejor, la Iglesia es, singularmente para vosotros, hombres del trabajo, "Madre y Maestra".

Y a vosotros, hombres de las clases dirigentes, ¿qué os podemos decir? ¿En qué dirección debe dilatarse esa caridad que también vosotros queréis sacar de la fuente eucarística? No rehuséis nuestra palabra, aunque os pareciere paradójica y hostil. Es la palabra del Señor. A vosotros se os pide la generosidad. Es decir, la capacidad de sustraeros al inmovilismo de vuestra posición, que puede ser o aparecer privilegiada, para ponerlos al servicio de quienes tienen necesidad de vuestra riqueza, de

vuestra cultura, de vuestra autoridad. Podríamos recordaros el espíritu de la pobreza evangélica, la cual, rompiendo las ataduras de la posesión egoísta de los bienes temporales estimula al cristiano a disponer orgánicamente la economía y el poder en beneficio de la comunidad. Tened vosotros, señores del mundo e hijos de la Iglesia, el espíritu instintivo del bien que tanto necesita la sociedad. Que vuestro oído y vuestro corazón sean sensibles a las voces de quienes piden pan, interés, justicia, participación más activa en la dirección de la sociedad y en la prosecución del bien común. Percibid y emprended con valentía, hombres dirigentes, las innovaciones necesarias para el mundo que os rodea; haced que los menos pudientes, los subordinados, los menesterosos, vean en el ejercicio de la autoridad la solicitud, el sentido de medida, la cordura, que hacen que todos lo respeten y que para todos sea beneficioso. La promoción de la justicia y la tutela de la dignidad humana sean vuestra caridad. Y no olvidéis que ciertas grandes crisis de la historia habrían podido tener otras orientaciones, si las reformas necesarias hubiesen prevenido tempestivamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación.

Y ¿cuál será vuestra caridad, familias cristianas, que hoy rodeáis nuestro altar, como representando a las innumerables familias que componen las poblaciones de América Latina? Repluya sobre vosotras mismas vuestra caridad, que percibisteis de Cristo. Debéis ser los hogares de aquel primitivo amor humano, que el Señor elevó, mediante el sacramento del matrimonio, al grado de caridad, de gracia sobrenatural. Padres, madres e hijos de familia, convertid vuestra casa en una pequeña sociedad ideal, donde el amor reine soberano y sea escuela doméstica de todas las virtudes humanas y cristianas.

Y para terminar recordemos a todos que Cristo se ha dado a Sí mismo en la Eucaristía como memorial de su sacrificio. Por esto, nosotros no podremos hacer derivar de este sacramento el amor, del cual es signo y realidad, para ofrecerlo nosotros mismos como don a los hermanos, sin sacrificio. El amó y se sacrificó: *dilexit et tradidit semetipsum* (5). Nosotros deberemos imitarlo. ¡He ahí la Cruz! Tendremos que amar, hasta el sacrificio de nuestras personas, si queremos edificar una sociedad nueva, que merezca ponerse como ejemplo, verdaderamente humana y cristiana”.

(1) Cfr. S. Tomás, III, 73, 3.

(2) Cfr. S. Agustín, Sermo 10. De Verbis Domini.

(3) Cfr. Mt. 7, 21.

(4) Cfr. Jo. 8, 32.

(5) Ef. 5, 2.

A LOS DIPLOMATICOS

Discurso del Santo Padre al Cuerpo Diplomático. Nunciatura Apostólica. (Bogotá, 23 de agosto de 1968).

“Siempre nos es grato, durante los viajes que la Providencia nos permite realizar, encontrarnos con el distinguido auditorio que constituyen los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en los países a donde vamos.

En vuestras personas, señores, honramos a los jefes de Estado de quienes sois mandatarios y a las naciones que representáis y cuya variedad nos evoca las innumerables poblaciones del viejo y del nuevo mundo. Visión verdaderamente universal, verdaderamente “católica”, en el sentido etimológico de la palabra, y que nos parece estar, en el caso presente, singularmente de acuerdo con la circunstancia que nos reúne.

¿Cuál es, en efecto, el motivo que nos ha traído a Bogotá? Bien lo sabéis: la celebración, ante todo, de un Congreso Eucarístico. Ahora bien, ¿qué es la Eucaristía para los cristianos sino una Presencia misteriosa y divina que los atrae y los junta, un fuerte lazo de amor, un manantial inagotable de unidad? Unidad que, a primera vista, parece que no afecta más que al pueblo creyente pero que, en realidad, irradia y difunde su fuerza de atracción más allá de la esfera religiosa y se revela provechosa para toda la sociedad.

El gran espectáculo que contemplan nuestros ojos en estos días es prueba de ello. Cuanto nosotros vemos —y vosotros sois también testigos, particularmente calificados— constituye un admirable y conmovedor espectáculo de unión entre los pueblos más diversos. Todos los continentes, así lo pensamos, están representados aquí, con todas las razas y todas las clases sociales. Las barreras caen, las divergencias desaparecen y todos se reconocen hijos de un mismo Dios, hermanos de un mismo Cristo que ha redimido el mundo entero y que continúa, bajo los velos del Misterio Eucarístico, su gran obra de unir a la humanidad en una total y perfecta fraternidad (Cfr. Jo. 11,52).

Nos parece que una celebración de este género tiene, entre otras notas características, una referencia muy particular con vuestras personas y con vuestra misión. Porque vosotros, señores, en virtud del cargo que tenéis, sois precisamente los que trabajáis —en el plano temporal que os incumbe— por la unión entre los pueblos. Vosotros sois los especialistas de negociaciones para llegar a un entendimiento, los técnicos de las buenas relaciones y de la unión de los hombres y de los pueblos en una colaboración feliz y fecunda.

Tarea difícil, como la experiencia nos dice cada día. Tarea que es preciso proseguir sin cansarse, sin desesperar jamás del hombre y de

cuanto él puede lograr con la gracia de Dios. Tarea que reviste, en nuestro mundo de hoy, dos aspectos igualmente importantes, complementarios y, en cierto sentido, interdependientes: la paz y el desarrollo.

En estos dos puntos la Iglesia católica trabaja con vosotros dentro del campo espiritual que le es propio. No os recordaremos las recientes iniciativas de la Santa Sede en favor de la paz: la opinión mundial se ha hecho eco de ellas. Os diremos más bien que, fuera de tales intervenciones más visibles, la Iglesia trabaja realmente por la paz mediante todas sus enseñanzas, su pedagogía y su pastoral. Ella mira a doblegar el corazón del hombre — de donde puede salir el bien y el mal (Cfr. Mt. 15, 19)—y a orientarlo hacia el bien consiguientemente hacia la paz; la paz del hombre con Dios, la paz consigo mismo, la paz con sus semejantes. La Iglesia ofrece a todos la regeneración en Cristo (Cfr. I Cor. 6. 11; I Pet. 1.3) y por ello los hace capaces de vencer sus instintos malignos y de llegar a ser los “mansos” y los “pacíficos” proclamados bienaventurados por el Evangelio. La Iglesia piensa servir así útilmente —aunque esto no constituya su sola ni principal finalidad— a la causa de la paz. Es, en efecto, evidente que sin la conversión íntima de los espíritus, la marcha de la humanidad hacia la unión y la paz será siempre vacilante e incierta.

Respecto al desarrollo de los pueblos, que se ha llamado justamente, con una expresión que hemos hecho nuestra, “el nuevo nombre de la paz”, la Encíclica “*Populorum Progressio*” y la institución de la Pontificia Comisión “*Justitia et Pax*” muestran claramente el lugar que tienen en las preocupaciones actuales de la Santa Sede. Aquí, en América Latina, esta palabra resuena como un grito de alarma, con acento suplicante y angustioso. Y en el mundo entero, los pueblos menos favorecidos sienten más intensamente que nunca, que tienen derecho a obtener su pleno desarrollo. Y como ninguno de ellos puede alcanzarlo por sí mismo, su imploración resuena con una grande y potente llamada a la solidaridad internacional y mundial.

A nosotros, señores, toca escuchar esta llamada y apresurarnos a darle una respuesta. Os diremos de buen grado: ¡ayudémonos recíprocamente! Vosotros, delegados del poder temporal, nosotros, representantes del poder espiritual, colaboraremos en este campo, en la misma empresa. La finalidad, es idéntica, los medios son diferentes. De su armonización deberán salir sin tardanza las soluciones prácticas y eficaces que el mundo espera.

Os confiamos, señores, estos votos y estas esperanzas, mientras invocamos cordialmente sobre vuestras personas, sobre vuestras familias y vuestras patrias, la abundancia de las bendiciones divinas”.

A LOS CONSULES

**Paroles du Saint-Pere aux membres du corps consulaire en Colombia.
Nunciatura Apostólica. (Bogotá, 23 de agosto de 1968).**

“A vous aussi, chers Messieurs, membres distingués du Corps Consulaire en Colombie, nous voulons adresser une parole de souhait et de salut.

Vous occupez des postes de responsabilité au service de vos patries respectives, et vous y déployez une activité pas toujours aussi appréciée, peut-être, qu'elle le mériterait. Que de cas délicats —dramatiques parfois— vous pouvez avoir à traiter dont le résultat peut être la solution d'une situation personnelle difficile ou la paix assurée ou rendue à une famille! Cela dépendra souvent de gestes modestes et ignorés, mais qui auront été l'instrument d'un grand bien.

Vous savez combien l'Eglise Catholique est soucieuse du bien des personnes, même dans l'ordre temporel, auquel vous donnez principalement vos soins. C'est vous dire qu'elle apprécie et encourage vivement des activités comme celles qui vous sont confiées et qu'elle souhaite de tout coeur leur succès et leur efficacité.

Nous sommes heureux de vous en assurer, en invoquant sur vos personnes, vos familles et vos patries, l'abondance des divines bénédictions”.

A LOS HERMANOS SEPARADOS

Palabras del Santo Padre a un grupo ecuménico de las Iglesias y Comunidades cristianas. Nunciatura Apostólica. (Bogotá, 23 de agosto de 1968).

“Queridos hermanos en Cristo, Nuestro Señor:

Con gozo os recibimos hoy. Hemos venido a Bogotá para dar testimonio público y solemne de nuestra fe en Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, el enviado del Padre, el Señor de la Iglesia, presente entre nosotros en el Misterio de la Eucaristía.

Por El, Dios ha querido “reconciliar todas las cosas consigo, así las que están en la tierra como las que hay en los cielos, haciendo las paces mediante la sangre de su cruz” (Col. 1, 20). Poniéndonos en paz con Dios, Cristo nos trae la paz entre nosotros (Cfr. Jo. 20, 20).

La fe en Cristo Jesús es la base de todo esfuerzo para llegar a la comunión perfecta entre los cristianos aún desunidos. El Señor es uno; todos nosotros debemos realizar esta unidad, visible y espiritual a la vez, de la que habla San Pablo cuando dice: “todos vosotros, uno sois en Cristo Jesús”, Gal. 3, 28).

La vuelta de todos a la Unidad no será nunca el resultado de un compromiso humano o de una tentativa que sirva exclusivamente para estrechar entre nosotros los lazos sociales. Será realizada por el Espíritu que nos inspira una fidelidad total a Cristo Jesús, a su persona y a la revelación que, en El, se nos ha dado. Será realizada por el Espíritu de Cristo, que nos envía al mundo para anunciar la buena nueva a los pobres. Por tanto, nosotros debemos proceder con humildad, con lealtad de los unos hacia los otros, pero sobre todo “caminando en la verdad por la caridad” (Ef. 4, 15) a fin de que podamos llegar juntos a un conocimiento más profundo y a una manifestación más evidente de las insondables riquezas de Cristo (Cfr. Concilio Vaticano II, Decr. “Unitatis Redintegratio” n. 11).

La Iglesia Católica ha entrado en diálogo con vuestras Iglesias y Comunidades. Roguemos al Señor que se digne bendecir estos contactos y hacerlos fecundos para la Iglesia y para el mundo que tanta necesidad tiene del mensaje cristiano de justicia y de paz. Os agradecemos de todo corazón vuestra visita y os invitamos a recitar con nosotros, cada uno, en su propia lengua, la oración que el Señor nos enseñó”.

A LOS HEBREOS

Palabras del Santo Padre a la comunidad hebrea de Bogotá. Nunciatura Apostólica. (Bogotá, 23 de agosto de 1968).

“Tenemos la satisfacción de encontrar y de saludar también a los representantes de la comunidad judía. Vosotros sabéis que el Concilio Vaticano Segundo ha estudiado seriamente las relaciones entre la Iglesia Católica y el Judaísmo.

El texto de la declaración “Nostra Aetate”, que promulgamos solemnemente el 28 de octubre de 1965, dice con razón: “como es tan grande el patrimonio espiritual común a cristianos y judíos, este Sagrado Concilio quiere fomentar y recomendar el mutuo conocimiento y aprecio entre ellos, que se consigue, sobre todo, por medio de los estudios bíblicos y teológicos y con el diálogo fraterno”.

Entre las riquezas las riquezas de este gran patrimonio común, querríamos recordar hoy la fe en un solo Dios, que trasciende todas las categorías humanas y que, al mismo tiempo, se ha revelado como Padre (Cfr. Is. 63, 16). Dios creó al hombre a su imagen y nosotros compartimos la fe de que estamos llamados —según el gran mandamiento del amor de Dios y del prójimo. (Cfr. Deut. 6, 5; Lev. 10, 18) concretado en las “diez palabras” y en otras reglas de vida (Cfr. Deut. 5 y Lev. 19)— a cumplir la voluntad divina y a ponernos los unos al servicio de los otros. Quiera Dios que así lleguemos todos a participar un día de la gloria plena en un cielo nuevo y sobre una tierra nueva (Cfr. Is. 65, 17).

Rogamos a Dios que bendiga nuestros esfuerzos de fructuosa colaboración para bien de la humanidad entera, a fin de que venga el día en que todos los pueblos invocarán al Señor con una misma voz y le servirán bajo un solo yugo ” (Cfr. Sof. 3, 9, Declarac. “Nostra Aetate”).

A LOS ENFERMOS

Palabras del Santo Padre a los enfermos, antes de la Santa Misa en la
Parroquia de Santa Cecilia. Barrio Venecia.

(Bogotá, 24 de agosto de 1968).

“Queridísimos enfermos:

Nos disponemos a celebrar dentro de unos instantes, la santa misa. Antes queremos deciros que os llevamos dentro del corazón, que ocuparéis un puesto de predilección en nuestro recuerdo en el altar porque en vosotros vemos a Cristo doliente, que vamos a pedir intensamente por vuestra mejoría y a depositar en el cáliz de Redención vuestros sufrimientos y vuestras ansias para que en vosotros tengan el valor de un mérito que contribuye, con vuestro generoso ofrecimiento, a la santificación de la Iglesia y del mundo.

Cuando llegue el momento del ofertorio, sabed que el Papa os presenta a Cristo; en el silencio de la elevación, sabed que pide muchos destellos de fortaleza y de amor para vosotros y vuestros familiares; en el momento de la comunión, sabed que os desea que Jesús, Huésped Divino, difunda para siempre su paz en vuestros corazones.

Entre tanto, y como prenda de esos dones, os anticipamos una cordialísima bendición”.

HOMILIA EN LA PARROQUIA DE SANTA CECILIA

Alocución del Santo Padre durante la Santa Misa celebrada en la Parroquia de Santa Cecilia. Barrio Venecia. (Bogotá, 24 de agosto de 1968).

“Carísimos hijos:

Ante todo, hagamos nuestras presentaciones. ¿Quiénes sois vosotros? Vosotros sois cristianos, católicos, hijos de la Iglesia; por tanto sois mis hijos, y como a tales yo os saludo.

Saludo al clero presente y, en primer lugar, al párroco. Veo en él no solo al hijo sino también al hermano, puesto que él es sacerdote; él es el colaborador del ministerio pastoral; y yo quiero honrar el grande y devoto servicio que él lleva a cabo en esta parroquia que es una porción de la Iglesia Católica y quiero ver en su persona a todos los párrocos, a todos los sacerdotes entregados a la cura de almas; y deseo enviar desde aquí mi saludo y mi bendición a todos los sacerdotes que consagran su vida al culto de Dios y a la asistencia religiosa y caritativa de la comunidad eclesial: les doy gracias, los aliento y los bendigo.

Saludo también a vosotros, fieles de esta parroquia; a vosotros, familias cristianas; a vosotros, trabajadores y campesinos; a vosotros jóvenes; y especialmente a vosotros, niños que recibiréis hoy la Primera Comunión.

Y, ¿quién soy yo? Bien lo sabéis: soy, como vosotros, un hombre; un hombre modesto y necesitado; necesitado de la misericordia de Dios y de vuestras oraciones. Porque he sido encargado, sin mérito o elección por mi parte, de representar al Señor Jesús; soy el sucesor de San Pedro, el apóstol a quien el Señor entregó las llaves, esto es, los poderes para dirigir y santificar la Iglesia y para guiar a todos los fieles hacia su salvación en el paraíso. Soy el Papa, que quiere decir padre de todos. Por ello llego a vosotros en el nombre del Señor; y querría que vosotros, al mirarme, pensaseis no en mi humilde persona sino en El, en Jesús, presente en mi ministerio.

Una sola palabra tengo que deciros: ¿Que me siento feliz de encontrarme hoy entre vosotros? ¿Por qué me siento feliz? Porque también Jesús, si estuviese aquí personal y visiblemente, como lo estaba durante su vida temporal del Evangelio, se sentiría feliz. EL amaba a los niños; EL amaba a la gente sencilla y pobre; EL amaba a quienes lo escuchaban. Vosotros, hijos queridísimos, sois los preferidos del Señor y, por tanto, los preferidos míos, del Papa, el cual tiene el gozo de hallarse entre vosotros, de conocerlos, de consolarlos, de honrarlos, de bendeciros.

Más aún, os diré que mi alegría ha de ser la vuestra, porque estáis los más, cercanos a Cristo, precisamente por las condiciones de vuestra vida, y sois los que mejor podéis entender que Cristo es nuestro gozo, nuestra verdadera y suprema felicidad.

Yo querría que esta palabra quedase en vuestras almas, como recuerdo de este encuentro: Cristo es el gozo y el consuelo de la vida. EL es el gozo porque da a nuestra vida su verdadero significado, su dignidad, su seguridad. Es nuestro consuelo porque también EL, el Señor, ha sufrido, ha sido pobre, ha trabajado con fatiga, y hasta fue puesto en la cruz. EL nos entiende. EL es nuestro compañero, EL es nuestro consolador. Jesús, hijos carísimos, es el defensor de la gente pobre; ;Jesús es la esperanza de los míseros y de los desvalidos! Es Jesús quien nos hace buenos, quien nos hermana, quien nos da el sentido de la justicia, quien nos hace fuertes en el sufrir y en el querer. Es Jesús quien perdona nuestros pecados. Es EL quien santifica nuestros dolores. Es EL quien nos enseña a amar. Es Jesús quien nos da la paz, la verdadera paz, con el pan para esta vida y con el pan para la vida eterna, mejor que esta. Es Jesús el profeta de las bienaventuranzas.

Pues bien ;Recordad este encuentro con Jesús y también estas palabras para siempre: Jesús es el gozo de nuestra vida! Está para llegar EL. Bajo las apariencias del pan eucarístico, Jesús, dentro de poco, se encontrará aquí.

;Estará aquí para vosotros, niños!

;Para vosotros, enfermos!

;Para todos vosotros, fieles de Santa Cecilia!

Estará aquí para decir a cada uno de vosotros: ;Yo soy el pan de la vida! Yo soy vuestro alimento vuestro conforto, vuestra esperanza, vuestra felicidad.

;Jesús es el gozo de nuestra vida!''.

AL EPISCOPADO

Alocución del Santo Padre en la apertura de la II Asamblea General del Episcopado Latinoamericano. Catedral Primada. (Bogotá, 24 de agosto de 1968).

“Venerados, queridos, carísimos hermanos:

¡Benedicamus Domino! Bendecimos y damos gracias al Señor que nos concede este fraternal encuentro, Saludamos a todos y a cada uno de vosotros con la veneración, con el afecto, con la profundidad y la riqueza de sentimiento que la caridad de nuestro Señor y la elección común al gobierno pastoral y al servicio generoso de la Iglesia pueden suscitar en el corazón del humilde sucesor de Pedro. Y con vosotros saludamos y bendecimos a todos los obispos y ordinarios de América Latina, representados aquí por vosotros, a los sacerdotes, religiosos y religiosas y a todos los fieles, a toda la santa Iglesia Católica de este gran continente.

Venerables hermanos! No podemos ocultaros la viva emoción que invade nuestro espíritu en estos momentos. Nos mismo estamos maravillado de encontrarnos entre vosotros. La primera visita personal del Papa a sus hermanos y a sus hijos en América Latina, no es en verdad un sencillo y singular hecho de crónica; es, a nuestro parecer, un hecho histórico, que se inserta en la larga, compleja y fatigosa, acción evangelizadora de estos inmensos territorios y que con ello la reconoce, la ratifica, la celebra y al mismo tiempo la concluye en su primera época secular; y, por una convergencia de circunstancias proféticas, se inaugura hoy con esta visita un nuevo período de la vida eclesiástica.

Procuremos adquirir conciencia exacta de este feliz momento, que parece ser por divina providencia conclusivo y decisivo. Quisiéramos deciros tantas cosas sobre vuestro pasado misionero y pastoral y rendir honor a cuantos han trazado los surcos del Evangelio en estos campos tan amplios, tan inaccesibles, tan abiertos y tan difíciles al mismo tiempo para la difusión de la fe y para la sincera vitalidad religiosa y social. Ha sido plantada la Cruz de Cristo, ha sido dado el nombre católico, se han realizado esfuerzos sobrehumanos para evangelizar estas tierras, se han llevado a cabo grandes e innumerables obras, se han conseguido, con escasez de hombres y de medios, resultados dignos de admiración, en resumen, se ha difundido por todo el continente el nombre del único Salvador Jesucristo, ha sido construída la Iglesia, ha sido difundido un Espíritu cuyo calor e impulso hoy estamos sintiendo. ¡Dios bendiga la grande obra! Dios bendiga a aquellos que han gastado su vida. ¡Dios bendiga a vosotros, hermanos carísimos que estáis consagrados a esta empresa gigantesca!

La obra, como todos sabemos, no está acabada. Más aún, el trabajo realizado denuncia sus límites, pone en evidencia las nuevas necesidades, exige algo nuevo y grande. El porvenir reclama un esfuerzo, una audacia, un sacrificio que ponen en la Iglesia un ansia profunda. Estamos en un momento de reflexión total. Nos invade como una ola desbordante, la inquietud característica de nuestro tiempo, especialmente de estos países, proyectados hacia su desarrollo completo, y agitados por la conciencia de sus desequilibrios económicos, sociales, políticos y morales. También los pastores de la Iglesia, —¿no es verdad?— hacen suya el ansia de los pueblos en esta fase de la historia de la civilización; y también ellos, los guías, los maestros, los profetas de la fe y de la gracia advierten la inestabilidad que a todos nos amenaza. Nos dividimos vuestra pena y vuestro temor, hermanos. Desde lo alto de la mística barca de la Iglesia, también Nos y no en menor grado, sentimos la tempestad que nos rodea y nos asalta. Pero escuchad también de nuestros labios, hermanos, vosotros —personalmente más fuertes y más valientes que Nos mismo—, la palabra de Jesús, con la cual El, presentándose entre las olas borrascosas, en una noche llena de peligros, gritó a sus discípulos que navegaban: “Soy Yo, no temáis!” (Mt. 14, 27). Sí, Nos queremos repetir esa exhortación del Maestro: “No temáis” (Lc. 12, 32). Esta es para la Iglesia una hora de ánimo y de confianza en el Señor.

Permitid que condensemos brevemente en algunos párrafos lo mucho que tenemos en el corazón, para vuestro momento presente y para vuestro próximo futuro. No esperéis de Nos tratados completos; las reuniones de vuestra segunda Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, que sabemos preparadas con tanto esmero y competencia, abordarán más a fondo vuestros problemas. Nos limitamos a indicaros una triple dirección a vuestra actividad de obispos, sucesores de los Apóstoles, custodios y maestros de la fe y pastores del pueblo de Dios.

Una orientación espiritual, en primer lugar. Entendemos, ante todo, una orientación espiritual personal. Ninguno ciertamente querrá impugnar que nosotros, obispos llamados al ejercicio de la perfección y a la santificación de los demás, tengamos un deber inmanente y permanente de buscar para nosotros mismos la perfección y la santificación. No podemos olvidar las exhortaciones solemnes que nos fueron dirigidas en el acto de nuestra consagración episcopal. No podemos eximirnos de la práctica de una intensa vida interior. No podemos anunciar la palabra de Dios sin haberla meditado en el silencio del alma. No podemos ser fieles dispensadores de los misterios divinos sin habernos asegurado antes a nosotros mismos sus riquezas. No debemos dedicarnos al apostolado, si no sabemos corroborarlo con el ejemplo de las virtudes cristianas y sa-

cerdotales. Estamos muy observados: "spectaculum facit sumus" (I Cor. 4, 9); el mundo nos observa hoy de modo particular con relación a la pobreza, a la sencillez de vida, al grado de confianza que ponemos para nuestro uso en los bienes temporales; nos observan los ángeles en la transparente pureza de nuestro único amor a Cristo que se manifiesta tan luminosamente en la firme y gozosa observancia de nuestro celibato sacerdotal; y la Iglesia observa nuestra fidelidad a la comunión, que hace de todos nosotros uno, y a las leyes, que siempre debemos recordar, de su ensambladura visible y orgánica. Dichoso nuestro tiempo atormentado y paradójico, que casi nos obliga a la santidad que corresponde a nuestro oficio tan representativo y tan responsable, y que nos obliga a recuperar en la contemplación y en la ascética de los ministros del Espíritu Santo aquel íntimo tesoro de personalidad del cual casi nos proyecta fuera la entrega a nuestro oficio extremadamente acuciante.

Y después, haciendo puente entre nosotros y nuestro rebaño, las virtudes teologales asumen para nuestra alma y la del prójimo toda su soberana importancia. Nos hicimos una llamada a la Iglesia para celebrar un "año de la fe", como memoria y homenaje a la fecha centenaria del martirio de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y también a vosotros ha llegado el eco de nuestra solemne profesión de fe. La fe es la base, la raíz, la fuente, la primera razón de ser de la Iglesia, bien lo sabemos. Y sabemos también cómo la fe es insidiada por las corrientes más subversivas del pensamiento moderno. La desconfianza, que inclusive en los ambientes católicos se ha difundido acerca de la validez de los principios fundamentales de la razón, o sea, de nuestra "**philosophia perennis**", nos ha desarrollado frente a los asaltos, no raramente radicales y capciosos, de pensadores de moda; el "vacuum" producido en nuestras escuelas filosóficas por el abandono de la confianza en los grandes maestros del pensamiento cristiano, es invadido frecuentemente por una superficial y casi servil aceptación de filosofías de moda, muchas veces tan simplistas como confusas; y estas han sacudido nuestro arte normal, humano y sabio de pensar la verdad; estamos tentados de historicismo, de relativismo, de subjetivismo, de neo-positivismo, que en el campo de la fe crean un espíritu de crítica subversiva y una falsa persuasión de que para atraer y evangelizar a los hombres de nuestro tiempo, tenemos que renunciar al patrimonio doctrinal, acumulado durante siglos por el magisterio de la Iglesia, y de que podemos modelar, no en virtud de una mejor claridad de expresión sino de un cambio del contenido dogmático, un cristianismo nuevo, a medida del hombre y no a medida de la auténtica palabra de Dios. Desafortunadamente también entre nosotros, algunos teólogos no siempre van por el recto camino. Tenemos gran estima y gran necesidad de la función de teólogos buenos y animosos; ellos pueden ser providen-

ciales estudiosos y valientes expositores de la fe, si se conservan discípulos inteligentes del magisterio eclesiástico, constituido por Cristo en custodio e intérprete, por obra del Espíritu Santo, de su mensaje de verdad eterna. Pero hoy algunos recurren a expresiones doctrinales ambiguas, se arrogan la libertad de enunciar opiniones propias, atribuyéndoles aquella autoridad que ellos mismos, más o menos abiertamente, discuten a quien por derecho divino posee carisma tan formidable y tan vigilantemente custodiado, inclusive consienten que cada uno en la Iglesia piense y crea lo que quiere, recayendo de este modo en el libre examen que ha roto la unidad de la Iglesia misma y confundiendo la legítima libertad de conciencia moral con una mal entendida libertad de pensamiento que frecuentemente se equivoca por insuficiente conocimiento de las genuinas verdades religiosas.

No toméis con desagrado, venerables hermanos, constituídos maestros y pastores del pueblo de Dios, si os repetimos y os exhortamos, en virtud del mandato dado por Cristo a Pedro de "confirmar a los hermanos" (Cfr. Lc. 22, 32), con las mismas palabras del Apóstol: "resistite fortes in fide" (I, Pe. 5. 9).

Ya comprendéis cómo de este principio nacen otros tantos criterios de vitalidad espiritual, con doble beneficio, es decir para nosotros y para el rebaño, que se nos ha confiado. Y entre ellos sean principales los siguientes. Los Hechos de los Apóstoles nos los recuerdan, a saber, la oración y el ministerio de la palabra (Act. 6. 4). Con respecto a esto, lo sabéis todo. Pero permitid que os recomendemos por lo que se refiere a la oración, la aplicación de la reforma litúrgica, en sus hermosas innovaciones y en sus normas disciplinares, pero sobre todo en sus finalidades primordiales y en su espíritu: purificar y dar autenticidad al verdadero culto católico, fundado sobre el dogma y consciente del misterio pascual que encierra, renueva y comunica; y asociar el pueblo de Dios a la celebración jerárquica y comunitaria de los santos ritos de la Iglesia, al de la misa, con conocimiento familiar y profundo, en ambiente de sencillez y de belleza, (os recomendamos en particular el canto, el canto sagrado, litúrgico y colectivo) ejercitando no solo formalmente sino también sincera y cordialmente la caridad fraterna. En cuanto al ministerio de la palabra, todo lo que se haga en favor de una instrucción religiosa de todos los fieles, una instrucción popular y cultural, orgánica y perseverante, estará bien hecho; no debe existir por más tiempo el analfabetismo religioso entre las poblaciones católicas.

Y estará bien todo ejercicio directo de la predicación o de la instrucción, que vosotros obispos, singularmente y como grupos canónicamente constituídos, tengáis a bien proporcionar al pueblo de Dios. Hablad, pre-

dicad, escribid, tomad posiciones, como se dice, en armonía de planes y de intenciones, acerca de las verdades de la fe, defendiéndolas e ilustrándolas, de la actualidad del Evangelio, de las cuestiones que interesan a la vida de los fieles y a la tutela de las costumbres cristianas, de los caminos que conducen al diálogo con los hermanos separados, acerca de los dramas, ora grandes y hermosos, ora tristes y peligrosos, de la civilización contemporánea. La Constitución Pastoral del Concilio "Gaudium et Spes", ofrece enseñanzas y estímulos de gran riqueza y de alto valor.

Llegamos así a la orientación pastoral que nos hemos propuesto presentar a vuestra atención. Estamos en el campo de la caridad. Valga lo que hemos dicho hasta aquí para trazar las primeras líneas de esta dirección, que por su naturaleza debe desarrollarse en muchas líneas prácticas, según las exigencias de la caridad.

Nos parece oportuno llamar la atención a este respecto sobre dos puntos doctrinales: el primero es la dependencia de la caridad para con el prójimo, de la caridad para con Dios. Conocéis los asaltos que sufre en nuestros días esta doctrina de clarísima e impugnable derivación evangélica: se quiere secularizar el cristianismo, pasando por alto su esencial referencia a la verdad religiosa, a la comunión sobrenatural con la inefable e inundante caridad de Dios para con los hombres; su referencia al deber de la respuesta humana, obligada a osar amarlo y llamarlo Padre y en consecuencia llamar con toda verdad hermanos a los hombres, para librar al cristianismo de "aquella forma de neurosis que es la religión" (Cox), para evitar toda preocupación teológica y para ofrecer al cristianismo una nueva eficacia, toda ella pragmática, la sola que pudiese dar la medida de su verdad y que lo hiciese aceptable y operante en la moderna civilización profana y tecnológica.

El otro punto doctrinal se refiere a la Iglesia llamada institucional, confrontada con otra presunta Iglesia llamada carismática, como si la primera comunitaria y jerárquica, visible y responsable, organizada y disciplinada, apostólica y sacramental, fuese una expresión del cristianismo ya superada, mientras la otra, espontánea y espiritual, sería capaz de interpretar el cristianismo para el hombre adulto de la civilización contemporánea y de responder a los problemas urgentes y reales de nuestro tiempo. No tenemos necesidad de hacer ante vosotros, a quienes "*Spiritus Sanctus posuit episcopos regere ecclesiam Dei*" (Act. 20, 28), la apología de la Iglesia, como Cristo la fundó y como la tradición fiel y coherente nos la entrega hoy en sus líneas constitucionales que describen el verdadero Cuerpo místico de Cristo vivificado por el Espíritu de Jesús. Nos bastará reafirmar nuestra certeza en la autenticidad y en la vitalidad de nuestra Iglesia, una santa católica y apostólica, con el propósito de con-

formar cada vez más su fe, su espiritualidad, su aptitud para acercar y salvar la humanidad (tan diversa en sus múltiples condiciones y ahora tan mudable), su caridad que comprende todo y todo lo soporta (cfr. Cor. 13, 7), con la misión salvadora que Cristo le confió. Haremos, sí, un esfuerzo de inteligencia amorosa para comprender cuanto de bueno y de admisible se encuentre en estas formas inquietas y frecuentemente erradas de interpretación del mensaje cristiano; para purificar cada vez más nuestra profesión cristiana y llevar estas experiencias espirituales, ya se llamen seculares unas, ya carismáticas otras, al cauce de la verdadera norma eclesial (cfr. I Cor. 14, 37: "Si quis videtur propheta esse aut spiritualis, cognoscat quae scribo vobis, quia Domini sunt mandata"; y Enc. "Mystici Corporis" sobre la distinción abusiva entre la Iglesia jurídica y la Iglesia de la caridad: AAS, 1943, pág. 223-225; Journet L' Eglise du Verbe Incarné, I. introd. XII).

Estas alusiones nos llevan a recomendar a vuestra caridad pastoral algunas categorías de personas a las cuales va nuestro pensamiento entrañable. Las indicamos brevemente, en exigencia del común interés apostólico, no para decir cuanto ellas merecían; bien sabemos que están ya presentes en esta asamblea que se ocupa de ellas; por tanto nos limitamos a alentar vuestro estudio.

La primera categoría es la de los sacerdotes. Nos sea consentido dirigirles un pensamiento afectuosísimo desde esta sede y en estos momentos. Los sacerdotes están siempre dentro de nuestro espíritu, en nuestro recuerdo. Lo están también en nuestra estima y en nuestra confianza. Lo están en la visión concreta de la actividad de la Iglesia: son vuestros primeros e indispensables colaboradores, son los más directos y más empeñados "dispensadores de los misterios de Dios" (1 Cor. 4. 1), es decir, de la palabra, de la gracia, de la caridad pastoral; son los modelos vivientes de la imitación de Cristo; son, con nosotros, los primeros participantes del sacrificio del Señor; son nuestros hermanos, nuestros amigos (Cfr. Jo. 15, 15); debemos amarlos mucho, cada vez más. Si un obispo concentrase sus cuidados más asiduos, más inteligentes, más pacientes, más cordiales, en formar, en asistir, en escuchar, en guiar, en instruir, en amonestar, en confortar a su Clero, habría empleado bien su tiempo, su corazón, y su actividad.

Trátase de dar a los Consejos presbiterales y pastorales la consistencia y la funcionalidad queridas por el Concilio; se prevenga prudentemente, con paternal comprensión y caridad en cuanto sea posible toda actitud irregular e indisciplinada del clero; se procure interesarlo en las cuestiones del ministerio diocesano y sostenerlo en sus necesidades; se

ponga todo cuidado en reclutar y en formar a los alumnos seminaristas; se asocien también los religiosos y las religiosas, según sus aptitudes y posibilidades, a la actividad pastoral. Así, concentrando en el clero las atenciones mejores, estamos seguros de que este método dará el fruto esperado, el de una Iglesia viva, santa, ordenada y floreciente en toda América Latina.

Después, venerados hermanos, proponemos a vuestra sapiente caridad los jóvenes y los estudiantes. No se acabaría nuestro discurso si quisiésemos decir algo sobre este tema. Os basta saber que lo consideramos digno del máximo interés y de grandísima actualidad. De ello estáis todos vosotros perfectamente convencidos.

Este recuerdo nos lleva a recomendaros, con no menor calor, otra categoría de hombres, sean o no sean fieles: los trabajadores, del campo, de la industria y similares.

Hemos llegado así al tercer punto que ponemos a vuestra consideración: el social. No esperéis un discurso, también este sería interminable en materia social, especialmente en América Latina. Nos limitamos a algunas afirmaciones que siguen a las que hemos hecho en los discursos de estos días.

Recordamos, ante todo, que la Iglesia ha elaborado en estos últimos años de su obra secular, animadora de la civilización, una doctrina social suya, expuesta en documentos memorables que haremos bien en estudiar y en divulgar. Las Encíclicas sociales del Pontificado Romano y las enseñanzas del Episcopado mundial no pueden ser olvidadas ni deben faltarles su aplicación práctica. No juzguéis parcial nuestra indicación si os recordamos la más reciente de las Encíclicas sociales; la "Populorum Progressio". Una mención particular merecerían también muchos de vuestros documentos, como la "Declaración de la Iglesia Boliviana" de febrero último; como la del Episcopado brasileño, de noviembre de mil novecientos sesenta y siete, titulada "Misión de la Jerarquía en el Mundo de Hoy"; como las conclusiones del "Seminario Sacerdotal" celebrado en Chile de octubre a noviembre de mil novecientos sesenta y siete; como la Carta Pastoral del Episcopado mejicano sobre el Desarrollo e Integración del país, publicada en el primer aniversario de la Encíclica "Populorum Progressio"; y recordaremos igualmente la amplia carta de los padres provinciales de la Compañía de Jesús, reunidos en Río de Janeiro en el mes de mayo de este año y el documento de los padres Salesianos de América Latina reunidos recientemente en Caracas. Las testificaciones, por parte de la Iglesia, de las verdades en el terreno social no faltan: procuremos

que a las palabras sigan los hechos. Nosotros no somos técnicos; somos, sin embargo, Pastores que deben promover el bien de sus fieles y estimular el esfuerzo renovador que se está actuando en los países donde se desarrolla nuestra respectiva misión.

Nuestro primer deber en este campo es afirmar los principios, observar y señalar las necesidades, declarar los valores primordiales, apoyar los programas sociales y técnicos verdaderamente útiles y marcados con el sello de la justicia, en su camino hacia un orden nuevo y hacia el bien común, formar sacerdotes y seglares en el conocimiento de los problemas sociales, encauzar seglares bien preparados a la gran obra de la solución de los mismos, considerándolo todo bajo la luz cristiana que nos hace descubrir al hombre en el puesto primero y los demás bienes subordinados a su promoción total en el tiempo y a su salvación en la eternidad.

Tendremos también nosotros deberes que cumplir. Estamos informados de los rasgos generosos realizados en alguna diócesis que han puesto a disposición de las poblaciones necesitadas las propiedades de terrenos que les quedaban, siguiendo planes bien estudiados de reforma agraria que se están actuando. Es un ejemplo que merece alabanza y también imitación, allí donde ésta sea prudente y posible. De todas formas la Iglesia se encuentra hoy frente a la vocación de la Pobreza de Cristo. Existen en la Iglesia personas que ya experimentan las privaciones inherentes a la pobreza, por insuficiencia a veces de pan y frecuentemente de recursos; sean confortadas, ayudadas por los hermanos y los buenos fieles y sean bendecidas. La indigencia de la Iglesia, con la decorosa sencillez de sus formas, es un testimonio de fidelidad evangélica; es la condición, alguna vez imprescindible, para dar crédito a su propia misión; es un ejercicio, a veces sobrehumano, de aquella libertad de espíritu, respecto a los vínculos de la riqueza, que aumenta la fuerza de la misión del apóstol.

¿La fuerza? Sí, porque nuestra fuerza está en el amor: el egoísmo, el cálculo administrativo separado del contexto de las finalidades religiosas y caritativas, la avaricia, el ansia de poseer como fin de sí mismo, el bienestar superfluo, son obstáculos para el amor, son en el fondo una debilidad, son una ineptitud para la entrega personal al sacrificio. Superemos estos obstáculos y dejemos que el amor gobierne nuestra misión confortadora y renovadora.

Si nosotros debemos favorecer todo esfuerzo honesto para promover la renovación y la elevación de los pobres y de cuantos viven en condiciones de inferioridad humana y social, si nosotros no podemos ser solidarios con sistemas y estructuras que encubren y favorecen graves y opre-

soras desigualdades entre las clases y los ciudadanos de un mismo país, sin poner en acto un plan efectivo para remediar las condiciones insoportables de inferioridad que frecuentemente sufre la población menos pudiente, nosotros mismos repetimos una vez más a este propósito: ni el odio, ni la violencia, son la fuerza de nuestra caridad.

Entre los diversos caminos hacia una justa regeneración social, nosotros no podemos escoger ni el del marxismo ateo, ni el de la rebelión sistemática, ni tanto menos el del esparcimiento de sangre y el de la anarquía. Distingamos nuestras responsabilidades de las de aquellos que, por el contrario, hacen de la violencia un ideal noble, un heroísmo glorioso, una teología complaciente. Para reparar errores del pasado y para curar enfermedades actuales no hemos de cometer nuevos fallos, porque estarían contra el Evangelio, contra el espíritu de la Iglesia, contra los mismos intereses del pueblo, contra el signo feliz de la hora presente que es el de la justicia en camino hacia la hermandad y la paz.

La paz. Vosotros recordáis el gran interés que la Iglesia tiene por ella y Nos personalmente que de ella, junto con la fe, hemos hecho uno de los motivos más relevantes de nuestro Pontificado. Pues bien, aquí, durante la celebración del sacramento Eucarístico, símbolo y fuente de unidad y de paz repetimos nuestros augurios por la paz; la paz verdadera que nace de los corazones creyentes y fraternos; la paz entre las clases sociales en la justicia y en la colaboración; la paz entre los pueblos mediante un humanismo iluminado por el Evangelio; la paz de América Latina: vuestra paz.

La transformación profunda y previsoramente de la cual, en muchas situaciones actuales, tiene necesidad la sociedad la promoveremos amando más intensamente y enseñando a amar, con energía, con sabiduría, con perseverancia, con actividades prácticas, con confianza en los hombres, con seguridad en la ayuda paterna de Dios y en la fuerza innata del bien. El clero ya nos comprende. Los jóvenes nos seguirán. Los pobres aceptarán gustosos la buena nueva. Es de esperar que los economistas y los políticos, que ya entrevén el camino justo, no serán ya un freno sino un estímulo, en la vanguardia.

Hemos tenido que decir una buena palabra, aunque grave, en defensa de la honestidad del amor y de la dignidad de la familia con nuestra reciente Encíclica. La gran mayoría de la Iglesia la ha recibido favorablemente con obediencia confiada, aun comprendiendo que la norma por Nos reafirmada comporta un fuerte sentido moral y un valiente espíritu de sacrificio. Dios bendecirá esta digna actitud cristiana. Esta no constituye una ciega carrera hacia la superpoblación; ni disminuye la responsa-

bilidad ni la libertad de los cónyuges, a quienes no prohíbe una honesta y razonable limitación de la natalidad; ni impide los medios terapéuticos legítimos ni el progreso de las investigaciones científicas. Esa actitud es una educación ética y esperitual, coherente y profunda; excluye el uso de aquellos medios que profanan las relaciones conyugales y que intentan resolver los grandes problemas de la población con expedientes excesivamente fáciles; esa actitud es en el fondo, una apología de la vida que es don de Dios, gloria de la familia, fuerza del pueblo.

Os exhortamos, hermanos, a comprender bien la importancia de la difícil y delicada posición que, en homenaje a la ley de Dios, hemos creído un deber reafirmar; y os rogamos que queráis emplear toda posible solitud pastoral y social a fin de que esa posición sea mantenida, como corresponde a las personas guiadas por un verdadero sentido humano. Ojalá que también la vivida discusión que nuestra Encíclica ha suscitado, conduzca a un mejor conocimiento de la voluntad de Dios, a un proceder sin reservas y a que nuestro servicio a las almas en estas grandes dificultades pastorales y humanas lo realicemos con corazón de buen pastor.

El Episcopado de América Latina, en su Segunda Asamblea General, desde el puesto que le compete ante cualquier problema espiritual, pastoral y social, prestará su servicio de verdad y amor en orden a la construcción de una nueva civilización, moderna y cristiana".

AL SEÑOR ALCALDE DE BOGOTA

Palabras del Santo Padre al señor Alcalde y representantes de la ciudad de Bogotá. Palacio Cardenalicio. (Bogotá, 24 de agosto de 1968).

“Señor alcalde, señores:

Venis representando a una ciudad a la cual nos sentimos particularmente reconocido por el fervor eucarístico que ha demostrado, por la amable hospitalidad que a tantos peregrinos — y a Nos mismo— está dispensando y por las numerosas pruebas de afecto que a nuestra persona reserva.

Gracias por todo ello, y también por esta deferente visita que recibimos complacido. Gracias por la colaboración que vosotros, señor alcalde y autoridades, habéis prestado, desde el puesto que os compete, junto con otros buenos ciudadanos, a los organizadores del Congreso.

En diversas ocasiones hemos manifestado nuestro gozo por encontrarnos en este gran continente y nuestra actitud de súplica implorando copiosos dones celestiales sobre Colombia y el mundo entero. Tales sentimientos de referencia universal tenían y tienen una meta circunstancial primera: el lugar donde se expresaban, Bogotá, convertida en estos días en Cenáculo de la Iglesia. ¡Que siempre lo sea! Y que el Señor siga derramando sus favores sobre tan querida ciudad a fin de que sus autoridades y habitantes todos vivan siempre en la concordia de los espíritus, en sus nobles ansias y empresas hacia un constante progreso civil y social, en la felicidad cristiana. Con estos deseos os otorgamos una especial Bendición Apostólica que extendemos a Bogotá entera”.

A LAS RELIGIOSAS

Palabras del Santo Padre a las religiosas, antes de impartir la bendición desde el Palacio Cardenalicio. (Bogotá, 24 de agosto de 1968).

“Queridísimas hijas:

Vuestra presencia, entusiasta y devota —(nuestro pensamiento se dirige también ahora a los monasterios de clausura)—, hace que broten en nuestro íntimo expresiones de gratitud y de aliento.

Vuestras ansias de perfección, vuestra entrega a los sectores de la enseñanza y de la multiforme caridad asistencial, os constituyen en gozo, honor, consuelo y fuerza de la comunidad eclesial.

Vivid cada día con más fidelidad, con espiritualidad interior vigilante, las exigencias sublimes de vuestra consagración, reflejando el sentir de Cristo, contemplativo en el monte, anunciador del Reino de Dios a las multitudes, solícito con los enfermos, tierno con los niños, obediente al Padre y sacrificado por el mundo.

Que vuestras filas se integren de almas juveniles que siguen la invitación secreta, fuerte y suave, del Señor que impulsa al amor más alto, más puro, más personal: el de la vocación religiosa.

De todos estos dones sea prenda la bendición que a vosotros, a vuestras órdenes y congregaciones, a vuestros familiares, colegios, hospitales y obras, impartimos de todo corazón”.

AL CELAM

Palabras del Santo Padre en la inauguración de la nueva sede del Consejo Episcopal Latinoamericano. (Bogotá, 24 de agosto de 1968).

“Amadísimos hermanos e hijos:

En estos momentos de la inauguración de la nueva sede del Consejo Episcopal Latinoamericano, se agolpa en nuestro ánimo un conjunto de sentimientos cuya breve expresión queda largamente compensada con la intensidad de nuestro afecto.

Os felicitamos por tan acertada obra que se suma a las numerosas ya laudables iniciativas llevadas a cabo por el CELAM en su fecunda existencia y que han contribuido providencialmente al florecimiento de la Iglesia en este continente.

La presente oportunidad es muy propicia para agradecer los esfuerzos realizados, para bendecir al Señor por los éxitos obtenidos y para recordar, con alabanza y reconocimiento, la preciosa colaboración que las conferencias episcopales, las congregaciones religiosas y muchos fieles de otras partes del mundo han prestado y siguen prestando a la Iglesia de América Latina mediante aportaciones económicas y con el envío de sacerdotes y de personal vocacionalmente consagrado.

Y, finalmente, un deseo: que esta sede sea siempre un foco de fervor espiritual —alma de todo ministerio eficaz—; un testimonio viviente de fidelidad a la Cátedra de Roma y a las enseñanzas del reciente Concilio; unificador de acción en aquellos programas que, para ser más eficientes, requieren solidaridad de voluntades; un centro de servicio diligente y de ayuda constante a los episcopados nacionales; y que el trabajo, muchas veces fatigoso y escondido, de estas oficinas tenga, en quienes lo hacen, el espíritu y el valor sobrenatural del apostolado.

Con estos anhelos otorgamos a vosotros, amadísimos hermanos e hijos, y también a todo el CELAM, a sus diversos departamentos y a sus colaboradores, una especial Bendición Apostólica, prenda de los dones divinos que invocamos sobre su inmensa y delicada tarea de contribuir “in aedificationem Corporis Christi”.

SOBRE EL CEI

Palabras del Santo Padre a los organizadores del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional. Nunciatura Apostólica. (Bogotá, 24 de agosto de 1968).

“Amadísimos:

Con viva complacencia os recibimos, organizadores del Congreso Eucarístico, para expresaros nuestra felicitación y gratitud por los esfuerzos e iniciativas que habéis llevado a cabo a fin de preparar estas inolvidables jornadas.

Bien sabemos que vuestras miras no se han detenido en las manifestaciones externas; habéis dedicado vuestro celo y entusiasmo mejores a disponer los espíritus para que el Señor tuviese no solo homenajes de fe rendida ante el altar central del Congreso sino también en cada corazón y en cada hogar un sagrario donde fuese amado y difundido. Esta preparación espiritual ha sido el alma vivificadora de los actos de esas multitudes que han colmado de gozo nuestro ánimo y de merecida satisfacción vuestras personas.

Seguid trabajando para que se perpetúen los ideales y frutos del Congreso, para que la vivencia responsable del Ministerio Eucarístico, del dinamismo de él derivante y de las exigencias que impone como sacramento de unidad y vínculo de amor, constituya un estímulo y un vigor constante que hagan desarrollar, con valor y fidelidad acuciantes, la propia vocación en cada sacerdote, en cada alma consagrada, en cada fiel.

Este deseo os confiamos: que la comunión de fe, caridad y vida sobrenatural, derivada del sacramento que la significa y produce, sea una realidad maravillosa en las familias, en las comunidades eclesiales, en la misma sociedad temporal.

A proseguir empeñados en tan luminoso ideal os alienten los resultados hasta ahora logrados y la Bendición Apostólica que cordialmente os impartimos”.

EN EL ACTO MARIANO

Palabras del Santo Padre en el Acto Mariano. Templete Eucarístico. (Bogotá, 24 de agosto de 1968).

“Amadísimos:

Gracias por vuestro ferviente homenaje. Lo aceptamos para ofrecerlo, en este sábado marianamente consagrado a la que es “Madre de Dios Hijo, y por eso, hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo” (1).

En estos días, cuando la Iglesia converge a Bogotá para adorar el fruto de las entrañas de la Virgen María, que real y substancialmente se contiene, se ofrece y se da en alimento bajo las especies sacramentales, queremos también honrar a esa criatura, singular y santísima, que con íntimo gozo proclamamos Madre de la Iglesia; e invitarnos a mantener e intensificar vuestra devoción hacia Ella, en conformidad con las nítidas orientaciones del Concilio que quiso colocarla como en el vértice de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia.

Es Ella modelo de tantas virtudes necesarias para superar cristianamente los peligros de la vida. Es modelo de oración humilde, de fe en la Providencia, de sacrificio constante, de obediencia sumisa, de caridad ardiente: actitudes que deben imitarse para garantizar una existencia, individual y familiar, serena y feliz.

Que su figura luminosa siga proyectando —como lo hace desde sus santuarios de Chiquinquirá y de las Lajas— destellos de confianza y de amor en todos, sobremanera en vosotros, unidos hoy con el sacramento del matrimonio a los que va nuestra enhorabuena con los mejores votos de creciente prosperidad.

¿Recordáis aquella página evangélica, cuando el Señor obra en Caná, en un banquete de bodas, su primer milagro a instancias de su Madre? Esa narración refleja la sensibilidad y comprensión de la Virgen ante las dificultades humanas y la voluntad de Jesús de escuchar la súplica de María.

Pues bien, Ella “asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna” (2), y “precede en la tierra con su luz al peregrinante pueblo de Dios, como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor” (3).

Sigámosla. Es el cauce por donde Jesús llegó al mundo y que nos atrae y lleva hasta Dios. Que en este caminar os aliente y acompañe nuestra Bendición Apostólica”.

- (1) Concilio Vaticano II. Constitución Dogmática sobre la Iglesia, n. 53.
- (2) Ib. n. 62.
- (3) Ib. n. 68.

DESPEDIDA DE COLOMBIA

Discurso del Santo Padre en el aeropuerto de Eldorado, a la salida hacia Roma. (Bogotá, 24 de agosto de 1968).

“Al dejar esta tierra bendita y querida de Colombia, sube de nuestro corazón, cargado de emociones, un himno de gratitud al Altísimo que nos ha permitido vivir horas intensas e inolvidables bajo la luz radiante del Misterio Eucarístico.

En nuestra memoria quedan imborrablemente grabadas las manifestaciones de entusiasmo y de honda piedad dirigidas a Cristo sacramentado. Hemos visto una Iglesia palpitante, católica en sus dimensiones universales, unificada en la comunión de fe y de caridad.

La visión de multitudes enardecidas, que tanto gozo han procurado a nuestro ministerio de Pastor universal, rebasaba los confines de Bogotá y abrazaba todas las latitudes de América Latina y del mundo, permitiendo a nuestro espíritu vibrar con las necesidades, con los anhelos, pensamientos y esfuerzos de nuestros hijos y hermanos esparcidos por este privilegiado continente y por el orbe entero.

Nuestro saludo final de gratitud va al señor presidente, al Gobierno y a todas las autoridades de la nación colombiana que tantas pruebas de cortesía nos han dispensado. Que el Señor premie los esfuerzos que realizan por el creciente bienestar de su patria.

Gracias también a los miembros del Cuerpo Diplomático, cuya presencia en diversos actos del Congreso ha atestiguado la participación de sus naciones a nuestra peregrinación.

Nuestro recuerdo entrañable se dirige, con profundo reconocimiento a los queridísimos hijos los señores cardenales, a los venerables hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, religiosos y religiosas —gozosamente empeñados en un testimonio generoso de Evangelio—, a los organizadores del Congreso, a cuantos a él han asistido, al pueblo entero de Colombia.

Todos han contribuido al suave y místico esplendor de estas jornadas eucarístico-eclesiales y a que volvamos a nuestra sede apostólica llenos de consuelos y de esperanzas; y con una serena confianza puesta en la constante fidelidad de Colombia y de América Latina a su vocación cristiana e histórica.

Esa fidelidad acrisolada en el pasado y que pide plasmarse en nuevas realidades humanas, la requieren el ideal de Cristo y el signo de los

tiempos actuales tan necesitados de verdad, de justicia y de amor; y la reclaman, con exigencia de perpetuidad, las horas de unidad y de paz que juntos hemos transcurrido.

¡No te decimos adiós, Colombia! porque te llevamos más que nunca en el corazón, de donde nos brota la bendición que te impartimos y que extendemos a todos los pueblos de América Latina, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

DISCURSO DE INAUGURACION DEL CEI

**Pronunciado por el Cardenal Giacomo Lercaro en el Templete Eucarístico.
(Bogotá, 18 de agosto de 1968).**

“En América Latina y en el mundo, que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios Padre y la Comunión del Espíritu Santo, sean con todos vosotros. Amén.

Al excelentísimo señor Presidente de la República mi respetuoso homenaje, a vosotros mis muy venerados hermanos, en el episcopado y en el sacerdocio, el ósculo de paz. A todas las respetables autoridades, que desde este mismo instante de la apertura del Congreso me honran con su presencia, mi saludo deferente, en el nombre del único Señor Jesucristo, el solo nombre en el cual puede esperarse la salvación, y en el que nos llamamos aquí congregados.

A vosotros, todos, miembros del pueblo de Dios, hermanos, yo diría, por la gracia de conquistas que han borrado las diferencias de raza, de color, de condición social, mi augurio de prosperidad, de justicia, de paz, de verdad y de gracia.

A los pobres y desafortunados, a los enfermos, a los ancianos, a los que sufren, a los niños, mi abrazo; el abrazo maternalmente primoroso de la Iglesia, el nobilísimo abrazo de Cristo, Hermano y Salvador nuestro.

Sin embargo, y bien lo sabéis, quiero traer a vosotros, como mensajero y representante, la fe que os ha enviado el Vicario de Cristo, a cuyas solicitudes se halla confiada toda la gracia del Señor. El está aquí presente, en este Concierto Universal, con su augusta palabra que hemos escuchado con veneración y que traza una armoniosa pauta a los trabajos y a las celebraciones de este Congreso.

Pero nuestro Papa Paulo VI, estará personalmente entre nosotros, dentro de pocos días. Será el primer Sucesor de Pedro, que posa sus plantas en esta tierra latinoamericana, en esta, nación, única en ostentar el nombre del gran Genoves, que enclavó la cruz de Cristo en el suelo del Continente.

He venido como humilde precursor a preparar los caminos desde este lugar que recogerá la plegaria de la Iglesia, esparcida por el mundo pero unida en la verdad y en la caridad de Cristo; ahora en nombre vuestro, ofrezco al Padre común, al peregrino apostólico que cruzará el océano, para celebrar la Eucaristía en comunión con el mundo entero aquí representado; Yo ofrezco el rendido agradecimiento de América Latina y de todos los peregrinos en homenaje devoto de hijos, sus sentimientos de tre-

pidante y gozosa espectación, su esfuerzo humilde y responsable, para hacer fecunda nuestra multitudinaria reunión y la histórica presencia del Romano Pontífice en Bogotá.

Pero nos encontramos aquí y con nosotros tendremos al Santo Padre para celebrar la Eucarística, en primer término, el memorial vivo y actual del sacrificio redentor en el que Cristo, Hijo nuestro y Hermano nuestro, se ofreció en holocausto a la justicia del Padre, para cancelar nuestros innumerables pecados y reconciliarnos con Dios. Todos nosotros, había escrito siglos atrás el profeta Isaías, andábamos errantes como ovejas descarriadas y Dios cargó sobre El nuestras culpas. Verdaderamente, El tomó sobre sí nuestras enfermedades y nuestros dolores. El castigo salvador pesó sobre El y en sus llagas hemos sido curados.

En la Misa, como en la Cruz, su cuerpo es inmolado por nosotros; su sangre es derramada para la remisión de los pecados de todos, y como ratificación del nuevo y eterno pacto de reconciliación y de alianza entre Dios y los hombres. Jesús es, en el altar de la Misa, según la expresión del Bautista, el verdadero Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Así como en el Apocalipsis el Apóstol Juan lo vio sobre el altar del Cielo, muerto, pero erguido y victorioso; de suerte que el Sumo, el Cordero, puede romper los sellos del libro, en donde están escritos los destinos de los pueblos. Del mismo modo está sobre el altar del sacrificio, víctima inmolada a la majestad de Dios, pero resucitado y vencedor de la muerte, como fuente de vida, misericordia y paz.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten misericordia de nosotros, dános la paz.

Ten misericordia de nosotros, que pecadores, padecemos la inquietud de estar alejados de Dios y angustiados nos percatamos, a pesar de nuestro orgullo, de que las posibilidades a nuestro alcance, en vez de ayudarnos a construir en el mundo una morada de proporciones humanas, nos sirven a menudo para excavar abismos y sembrar ruinas. Que con todo cuanto Juan el Bautista predijo, la inminente revelación del Cordero que quita los pecados del mundo, para preparar inmediatamente las vías del Señor, predicó la penitencia, dando testimonio de ella en su cuerpo extenuado por el ayuno, en su cabellera inculta, en su vestir rudo. Exigió los frutos de penitencia, aun con la amenaza; ya el hacha está puesta a la raíz del árbol y en su mano tiene el tridente.

A quienes arrogantemente envanecidos se decían justos, por ser miembros del pueblo escogido y descendientes de la estirpe de Abraham, reclamó un estricto sentido de justicia, a los publicanos, atraídos hacia la in-

justicia por el encanto del dinero. A los soldados del imperio, fácilmente inclinados a los abusos de poder incontrastable, pidió una clara conciencia del respeto a la libertad. Exhortó a las muchedumbres inquietas agolpadas en las riberas del Jordán, a la generosa solidaridad con los necesitados. El que tiene dos túnicas dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos, haga lo mismo.

También al mundo cristiano de nuestro siglo, a nosotros, venidos a adorar el Cordero que quita el pecado del mundo, se dirige esta invitación de las primeras páginas del Evangelio.

Que anticipando la llegada del Vicario de Cristo a este Continente hago más, que al iniciarse este grandioso Congreso, el cual se enmarca en un contacto histórico preñado de presentimientos, de promesas, de esperanzas y de temores, se nos demanda, como lo hacía Juan el Bautista, en la angustia de aquel momento de expectativa, una metanoya. Haced penitencia, porque el reino de Dios está cercano. Penitencia, metanoya, una revisión de nuestras conciencias; de los rumbos de nuestra vida, de nuestros criterios, de nuestras actitudes espirituales, individuales y de nuestros proceder sociales. Una revisión a la luz y frente a frente del Evangelio. Porque el Evangelio es palabra de vida, y de vida eterna.

Más, aún con el apóstol Pedro os testimonio a Jesús, la sola palabra de vida Eterna. El Verbo que permanece aunque pasen el Cielo y la Tierra.

Siendo eterna, pues es siempre actual, esta palabra no deja de iluminar y fecundar los movimientos transeúntes del tiempo.

He aquí por qué la Iglesia, depositaria e intérprete de la palabra de Cristo, al ejercer su magisterio en el transcurso de los siglos, no cesa nunca de referir al Evangelio las situaciones históricas contingentes.

Todos y cada uno hemos de comparar con el Evangelio nuestras posiciones interiores y confrontar con el Evangelio nuestras condiciones históricas, las presentes estructuras económicas y sociales.

Debemos confrontarlas con la profunda humildad del hombre que conoce sus debilidades y el atractivo de la serena tentación de sustraerse a las diligencias del reino de Dios y de su justicia, para abandonarse a sus propios egoísmos personales y colectivos.

El hombre propenso está también a legalizar y legitimar una apariencia de orden Constitutivo, fenómenos de injusticia y hasta de odio.

Compararnos hemos con el Evangelio de valor permanente y sobre todo cuando, como hoy, los signos de los tiempos revelan, no lejano, el despuntar de un mundo nuevo.

Nadie, en efecto, puede no advertir que el progreso científico y técnico con el uso de nuevos y potentes medios de comunicación, ha modificado enormemente las recíprocas relaciones entre los pueblos, haciendo cada vez más posible y cercana la unificación de la gran familia humana. Pero despertando al mismo tiempo, por un misterioso contraste, cuya sola explicación es el peso del pecado, los más hondos y mortales egoísmos sociales, a tal punto que se aceptan desniveles pavorosos y amenazantes, divisiones y luchas sangrientas, se llega hasta autorizar e imponer genocidios.

Un momento, el actual, que en la oposición de los fenómenos, acusa los agudos dolores y las esperanzas risueñas de la gestación. Así, pues, a nosotros, agrupados en torno al Cordero, que quita el pecado del mundo se nos pide, como a las turbas pedía el Precursor, que sintamos profunda, imperiosa y viva la responsabilidad de pertenecer al pueblo de Dios, es decir, de ser la imagen de Abraham; la responsabilidad de llevar el nombre de cristianos, con el cual nos llamamos y somos hijos de Dios, vinculados por un lazo de fraternidad que afianza y sublima a la unidad de la común naturaleza.

También se nos exige a nosotros, a nosotros especialmente, el máximo respeto de la justicia y de la libertad en la convivencia con nuestros semejantes, en el trato, ordinario, en el ejercicio de la proporción como el Bautista lo demandaba a los publicanos encargados de recaudar los impuestos, en las relaciones entre las diversas categorías, entre las distintas clases sociales, entre las gentes de origen diverso, como el Precursor pedía a los soldados del Imperio que no maltratasen a las poblaciones subyugadas.

Se nos reclama justicia social, para que los bienes esenciales de la existencia, el pan, nuestro pan, el más necesario y suficiente alimento del ser, el vestido, el techo que sea casa y no madriguera, el trabajo digno del hombre, las seguridades del mañana, el cuidado de la salud, el acceso a la cultura, la libertad, la participación en la vida de la comunidad, sean distribuidos equitativamente. Que no suceda, que uno posea dos túnicas y otro no tenga cómo cubrirse; que uno coma en la abundancia y otro padezca de hambre; que uno goce ampliamente de los bienes de la naturaleza, de la cultura, y otro esté completamente desposeído y colocado en situaciones que ofenden a la dignidad humana, envenenan la vida, cierran cualquier perspectiva y esperanza.

Sobrepasando el apremiante llamamiento del Precursor, Jesús dirá después, que el ser atormentado por el hambre y la sed de justicia, es una bienaventuranza.

¿No emplea el Maestro un lenguaje tan enfático? No habla de hambre y sed, cuando proclama las otras bienaventuranzas, pero lo hace al anunciar esto, lo cual encuentra graves obstáculos en el egoísmo personal y colectivo. Todos los que se precian del nombre de cristianos, para no decir, cuántos son conscientes de la propia dignidad, han de esforzarse, por tener esta hambre y sed de justicia, por implorarla de Dios con perseverante oración, por sentirla con neta conciencia, contra cualquier tentación de despreocuparse de las condiciones de los demás.

De Caín es la pregunta insolente: "¿Soy yo, acaso, el guarda de mi hermano?". Y no obra la caridad de Dios, enseña el apóstol San Juan, en el que teniendo bienes de este mundo y viendo a su hermano padecer necesidad, le cierra sus entrañas.

Sentir el hambre y sed de justicia, con clara misión, contra toda forma de exclusividad de raza, de clase, de categoría, de grupo contra cualquiera ambición de poder, contra toda aspiración de venganza o de desquite. Pero, sobre todo, quien tiene la responsabilidad de otros, debe anhelar interpretar el hambre y la sed de justicia y tanto más cuanto mayor y más amplia sea su responsabilidad.

Lo pienso, tembloroso, desde que soy obispo y lo recuerdo ahora, a cuantos, en una u otra forma, están revestidos de autoridad. En primer lugar, a nosotros, a los que el espíritu santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios, a fin de que en nuestra predicación, nuestra enseñanza, nuestra palabra virilmente humilde, pero realmente franca y más aún, nuestra vida evangélica, sean levadura fecunda que fermente y madure en las almas y en la conciencia de la comunidad, el ansia de la justicia, la rebelión interior contra cualquier tentación de egoísmo y de dominio.

Que en ellas fermente y madure el germen divino de la caridad, sin la cual, muy difícilmente, se obtendrá justicia. Y esta será inadecuada, y casi inhumana, marcada de venganza y de odio; y por lo tanto, absurda, pero realmente injusta.

Con deferencia y caridad, mas con toda libertad apostólica, yo recuerdo a los que guían los destinos de la comunidad civil, a fin de que a la luz del Evangelio, por la Iglesia siempre proclamado, pero más que nunca en esta aurora de una nueva era histórica, examinen las situaciones

creadas a través de procesos superados y con ánimo inmune de toda injusticia o presión irracional, lleven al cumplimiento, en donde fuere renovación de estructuras.

Las serias palabras del Precursor a los dirigentes del pueblo de Dios, que se consideraban seguros de ser hijos de Abraham y custodios de la tradición: "Mirad que ya el hacha está puesta a la raíz del árbol y el que ha de venir tiene el bieldo en su mano para separar el grano del tamo", resuenan, tal vez hoy más que en el pasado, comprensibles y actuales.

Al paso que una rápida sucesión de sacudidas sociales, una inquietud difundida en almas generosas, para instaurar un nuevo orden de cosas más humano y más acorde con el Evangelio, una veloz, casi fulgurante toma de conciencia, contra injusticias y desigualdades toleradas por siglos, un común anhelo de libertad y de dignidad, anuncian que la levadura del Reino de Dios ha penetrado por vías misteriosas, a veces inimaginables, y está fermentando y madurando al mundo, a pesar de que exageraciones, descomposturas, imprudencias, instrumentalizaciones, cambian áca y allá, la auténtica fisonomía de este proceso.

Sí, lo que se vislumbra es el semblante, aunque disfigurado, del Reino de Dios, esperado y profetizado por Isaías, que pone en boca del Mesías el siguiente programa:

"El espíritu del Señor Jehová descansa sobre mí, pues Jehová me ha ungido y me ha enviado para predicar la buena nueva a los pobres, y sanar a los pobres de corazón quebrantado, para anunciar la libertad a los cautivos y la liberación a los encarcelados".

Este programa, Jesús lo hizo suyo en el discurso de Nazaret, y en respuesta a los mensajeros del Bautista. La buena nueva anunciada a los pobres, es, afirma Cristo, la señal inconfundible de que el Reino de Dios se ha establecido.

El Concilio Vaticano II, primordialmente en la Constitución "Gaudium et Spes" y las grandes encíclicas de los dos últimos Pontífices, han referido el anuncio profético y evangélico a las situaciones existenciales.

El Cordero de Dios, digno de recibir el honor, la majestad, el reino, renovando sobre el altar, para nuestra salvación y redención, la inmolación de la Cruz, afirma y exalta la caridad, que es la perfección de toda justicia por ser la esencia de toda ley.

Pero la inmolación de la Cruz, advierte, además, que Cristo ha venido, no para ser servido sino para servir, y servir hasta el extremo, hasta dar su propia vida y dar la vida; es el sello supremo de la caridad. Por

eso, Cristo atribuye al servicio la marca inequívoca del amor, con que El mismo nos ha amado y del cual nos ha dado un mandamiento. El mandamiento nuevo que caracteriza y distingue la nueva alianza; su mandamiento cuya observancia manifiesta al Evangelio.

En la última noche de su vida mortal, en la intimidad del Cenáculo, al pie de la mesa sobre la cual la Eucaristía había sido celebrada, por primera vez, y dejada como memorial perpetuo hasta el día del gran retorno, el Señor, quitándose las vestiduras y ciñéndose una toalla, comenzó a lavar los pies de los discípulos. Era el servicio ritual que el esclavo prestaba al huésped de honor.

“Vosotros —comentó Jesús a los apóstoles asombrados—, me llamáis Maestro y Señor y decís bien porque lo soy. Pero yo he dado el ejemplo para que vosotros hagáis también como yo he hecho: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado a vosotros”.

Sirviéndonos los unos a los otros. Va el primero a servir para saber quién, en cierto modo, es Señor y Maestro. La autoridad es servicio y el servicio es amor. Concreta demostración de amor, supone con ello la renuncia, el sacrificio, la Cruz, el altar. Pero los acepta y abraza porque como la de Cristo y por la de Cristo también la Cruz del servicio es fecunda.

Este clima nos introduce y a él nos educa, nuestra solemne celebración de la Eucaristía, clima eminentemente evangélico y por lo mismo, tan profunda y positivamente humano. Con este impulso de generosa apertura a las enseñanzas del Evangelio, con fe encendida abrimos las solemnes celebraciones de las jornadas de esta semana, la cual ofrecerá a nuestras miradas y más aún, a nuestros espíritus, el admirable sacramento de toda la Iglesia a través de la cual Cristo, Salvador único, continúa su obra redentora.

Contemplaremos la Eucaristía, cima de todas las actividades de la Iglesia, fuente de todas sus energías, raíz y eje de su vida comunitaria, memorial perpetuo del amoroso sacrificio de la Cruz, tesoro de la Iglesia. La Eucaristía, con la cual están estrechamente unidos y a la que se ordenan todos los sacramentos y todos los ministerios eclesiásticos, y las obras de apostolado.

El Espíritu Santo, que abrasó el Cenáculo con su fuego resplandeciente y fortificador, encienda también nuestra ciudad bendita, que exhibe hoy, en sus representantes autorizados y devotos, a la Iglesia de Dios;

llene los corazones de los fieles y prenda en ellos la llama de su amor. Y la Madre siempre Virgen de nuestro Dios y Señor Jesucristo, cuya presencia y oración sostuvo a los apóstoles en la espera de la efusión del espíritu, sostenga con su intercesión y haga eficaces nuestro Congreso y nuestra plegaria. Amén”.

LA EUCARISTIA, SACRAMENTO DE LA FRATERNIDAD HUMANA

Homilía del Cardenal Lercaro durante la Celebración de la Palabra, en el Día Eucuménico, Templete Eucarístico. (Bogotá 19 de agosto de 1968).

“Hermanos muy amados: la Gracia y la Paz de Nuestro Señor Jesucristo estén con todos nosotros. Amén.

El breve pasaje que hemos escuchado de boca del lector es la conclusión o un apéndice del Evangelio de Marcos; tal vez la última aparición antes de la Ascensión, con la cual Marcos y Lucas cierran el anuncio de la salvación.

Marcos no precisa el lugar donde los discípulos vieron a Jesús en esta ocasión, si en Jerusalén o en Galilea, pero quiere hacer resaltar, como lo hace Lucas tanto en el Evangelio como en los Hechos y Juan para otras apariciones, que los once estaban en la mesa.

No se nos puede escapar un detalle tan repetido, y que Lucas y Juan subrayan mencionando la pregunta de Jesús “¿No teneis nada que comer?”, y el ofrecimiento de los discípulos quienes siguen con gozosa maravilla su comida. Es evidente su auténtica humanidad, es segura su Resurrección, y El muy bien puede echar en cara a los apóstoles, a los cuales se les había concedido entender el Reino de Dios, su dificultad en creer.

Mas a nosotros nos gusta poner de relieve el repetirse de encuentros alrededor de una mesa; en el Cenáculo, en Emaús, en Galilea; el sentido de cordial amistad que acompaña todavía hoy, y más lo hacía entonces en las costumbres de Israel y de otros pueblos, el compartir el mismo pan, el beber de la misma copa. Bajo la encina de Mambré, en la comida, Abraham gustó la amistad del Señor hecho comensal y confidente suyo. En víspera de su muerte, Jesús en la mesa declarará a los apóstoles que ya son sus amigos y confidentes.

Por eso la Eucaristía nace en la Iglesia primitiva con el nombre de “fracción del pan” y este pan, dividido entre muchos y participado a muchos, hace de muchos un solo cuerpo, y marca y realiza la unión fraterna entre los hijos de Dios llevada, a la luz del Espíritu Santo, hasta la comunión de los fieles. Conclusión lógica ya manifestada en el antiquísimo opúsculo de la Didajé: “si tenemos en común los bienes celestiales, ¿cómo no pondremos en común los bienes terrenales con los necesitados?”

Interrogativo apremiante para nosotros los cristianos de hoy. Hasta ayer nos pareció tal vez también a nosotros, en un mundo envenenado de naturalismo, una actitud muy simple la de la comunidad primitiva de Jerusalén que, sin embargo, había eliminado la necesidad, como afirma Lucas en los Hechos. Hoy, cuando la humanidad tiene por lo menos próximas

las posibilidades de formar una comunidad única, el interrogativo no se presenta solamente racional y humano sino que ofrece la única salida positiva del dramático dilema: o la comunión de todos en el goce de los bienes que la tierra ofrece, o la destrucción.

No puede el mundo, hecho pequeño por los medios de comunicación, sostener el desnivel entre un tercio de la humanidad satisfecho y dos tercios que no comen en esa mesa fraterna, donde Jesús echa en cara a los apóstoles su incredulidad y la dureza de corazón y la orgullosa acción, que en el cuarto Evangelio encuentra su expresión típica en Tomás.

Sin embargo, era ésta la que debían creer para anunciarla luego al mundo; era la "buena nueva", el "evangelio" que debían llevar a los pueblos: el Misterio pascual de Cristo, su muerte en expiación de los pecados, como prenda de una nueva y perenne alianza de Dios con todos los hombres, de los cuales Dios quería ser el Padre participándoles, por Cristo su Unigénito, Su Vida para que se llamen hijos de Dios y lo sean realmente y por lo tanto herederos de una vida eterna. Por eso el Crucificado, aniquilado hasta la oscuridad del sepulcro, había resucitado para ser fuente de nueva vida y primicia de resurrección para los hombres que había querido como hermanos.

Pero es necesario adherirse con la fe de Abraham al designio difícil y al mismo tiempo luminoso de Dios. La queja contra los apóstoles es un acicate, y a Tomás sugirió un generoso acto de fe: "Señor mío y Dios mío". Es queja y acicate también para nosotros, demasiado a menudo duros para creer cuanto los profetas han dicho y escrito y, más a menudo también, incoherentes con nuestras actitudes de fe. "Bienaventurados los que sin ver han creído", es la última y conclusiva bienaventuranza del Evangelio.

Pues bien, a estos once, que apenas han pasado de la duda a la gozosa certeza de la fe —que el Espíritu de Pentecostés hará posteriormente más luminosa—, Jesús confía la misión para la cual les había preparado a través de una amorosa y luminosa pedagogía que ha comenzado con su separación de todo bien y de todo afecto: la grande misión por la cual ellos fueron llamados desde el principio apóstoles, enviados, y constituidos, no para sí, sino para los otros; como el Hijo del hombre, puestos a servir... ¿a quién?, al mundo entero, a toda creatura.

El panorama es grandioso, la misión apostólica no excluye a nadie; aún más, podríamos decir que no excluye nada y no nos sorprendería, si no con una sorpresa gozosa, la atrevida visión de Pablo que ve la creación en estado de sufrimiento a la espera de la redención. El cosmos —este cosmos que el Creador ha confiado a la humanidad para que lo conquis-

te— ha sufrido por la caída del hombre; espera, a través de la acción fermentadora del espíritu evangélico y el crecimiento del Reino de Dios en las almas, en la comunidad y en la humanidad, su redención: la venida de la verdad, de la justicia, de la caridad. Para la glorificación en el Espíritu Santo del Padre y del Verbo, por el cual todas las cosas fueron hechas y por el cual todas tienen su consistencia.

Pero la misión universal de los apóstoles es la predicación del mensaje de Cristo, la paternidad de Dios que quiere como hijos suyos a los hombres renovados en Cristo su Unigénito, muerto para destruir la muerte y resucitado para comunicar la vida eterna. El mensaje pide al hombre la fe: quien resistiere está condenado porque la luz ha venido al mundo, y el que la rechaza ha amado más las tinieblas que la luz; pero quien se adhiere a la fe y es bautizado será salvo.

La necesidad de la misión apostólica y el consiguiente y perenne mensaje de la predicación de la palabra es evidente. Pablo interpela a los Romanos con una serie de preguntas insistentes. La fe según el designio misericordioso de Dios, oculto en los siglos pasados y ahora revelado; la inserción en el misterio pascual de Cristo, por el cual muere el hombre viejo heredero del pecado y por el cual surge en el creyente el hombre nuevo como fue creado por Dios en la justicia y en la verdadera santidad, partícipe de la verdad y de la gracia del Verbo hecho carne y revestido de Cristo; más aún, viviente de la misma vida de Cristo y hecho imagen suya: esta es la respuesta a la predicación. Y el Bautismo es la tumba donde está sepultado el hombre del viejo Adán y donde resucita la nueva creatura a la cual el Espíritu Santo, vivificando su corazón y casi impregnando su carne, comunica la caridad de Cristo y pone sobre su corazón y sus labios la invocación filial “Abba, Padre”.

“Reconoce oh cristiano, decimos con León I, tu dignidad y, hecho partícipe de la naturaleza divina, no quieras con una vida indigna volver a tu antiguo envilecimiento”, pues “llevamos este tesoro en vasos frágiles”.

El horizonte que había ya abrazado el cosmos en toda su grandeza y variedad se eleva ahora hasta el Cielo a donde Jesús sube y está a la diestra del Padre. Cristo, primogénito entre la muchedumbre de nosotros, hermanos, ha vuelto al Padre para prepararnos un lugar en su Reino. Y nosotros esperamos su retorno en la hora para nosotros oculta, la plenitud de su Reino y la vida del mundo futuro, del cual son casi un prefacio y un pálido signo los prodigios prometidos a los apóstoles y a los creyentes.

Pero nosotros sentimos y deducimos en el transcurso de la vida y de la historia que sin esta señal e imagen luminosa de la esperanza futura, las ciudades terrenas, que los hombres están empeñados en construir, no encuentran sus dimensiones humanas. Es la gran responsabilidad que los apóstoles comprendieron cuando, superado el prejuicio tan arraigado de su pertenencia privilegiada al pueblo de Dios, partieron para predicar en todas partes acompañados por la gracia y por los carismas del Espíritu.

Es también nuestra responsabilidad de cristianos acercarnos a los hermanos con espíritu de servicio para ofrecerles esa luz de certeza y de esperanza, con la cual la fe y el Bautismo ha iluminado nuestra vida”.

BAUTISMO, CONFIRMACION Y EUCARISTIA

Homilía del Cardenal Lercaro durante la Celebración del Día de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana. Templete Eucarístico.

(Bogotá, 20 de agosto de 1968).

“Amados hermanos en el Sacerdocio. Pueblo todo del Señor:

La Gracia y la Paz del Señor Nuestro Jesucristo sea con nosotros.
Amén.

“A la Eucaristía, —nos ha enseñado el Santo Concilio Ecuménico Vaticano II— están estrechamente unidos los otros sacramentos, así como todos los ministerios eclesiásticos y todas las obras de apostolado, y a ella se ordenan... Por lo cual, la Eucaristía aparece como la fuente y culminación de toda la predicación evangélica, como quiera que los catecúmenos son poco a poco introducidos a la participación de la Eucaristía, y los fieles, sellados ya por el sagrado Bautismo y la Confirmación, se insertan por la recepción de la Eucaristía plenamente en el Cuerpo de Cristo. Es, pues, la sinaxis eucarística el centro de toda la comunidad de los cristianos.” (P. O. n. 5).

El programa de este solemne Congreso Eucarístico nos invita hoy a meditar sobre estas verdades santísimas a cuya comprensión profunda está íntimamente unida la vitalidad, la fecundidad, y antes que nada, la autenticidad de nuestro nombre cristiano.

En el **Bautismo**, en efecto, consepultados con Cristo —el antiguo rito de la inmersión en la gran piscina representaba bien aún en el signo externo una sepultura— hemos muerto con El. La gracia del Misterio pascual del Señor ha superado y borrado en nosotros el pecado, nos ha sustraído a la esclavitud del demonio para volvernos a acercar a Dios, y ha hecho morir en nosotros, la herencia de Adán, el hombre viejo como lo llama San Pablo. Mientras que el Espíritu del Señor ha hecho de nuestro mismo cuerpo un templo, iluminando, con la certeza de la fe, nuestra mente según que se iba abriendo al conocimiento y, comunicando a nuestro corazón el calor de la caridad de Cristo y la perspectiva de una esperanza que va más allá de los horizontes de la vida.

Así en nosotros, la creatura nueva, salida de las fuentes bautismales, vivía de la gracia, vida divina en la que participamos por Cristo y por sí misma eterna. Por esta participación de la vida divina, nosotros podemos llamarnos y realmente somos hijos de Dios; adoptivos sí, pero con una adopción que no se limita a vínculos jurídicos exteriores como sucede en la adopción humana, puesto que la gracia pone en nosotros un germen real

divino, "el germen de Dios en nosotros", dice San Juan, y nos hace, según la palabra de San Pedro, "partícipes de la naturaleza divina".

Jesús, Hijo Unigénito de Dios, es el primogénito de entre todos los hombres que ha querido hacer sus hermanos, y nosotros hemos sido introducidos en la gran familia de Dios que es la Iglesia; no huéspedes, ni forasteros, sino hijos del único Padre y hermanos entre nosotros, unidos por el vínculo perfecto de la caridad.

Junto a nosotros: los hermanos que con nosotros gozan de la misma alegría y la misma responsabilidad de la luz y de la vida de Cristo; y en esta sociedad pluralista todavía, junto a nosotros, aquel a quien Jesús llamó el mundo: indiferente, hostil y, algunas veces, rebelde a Cristo; y entre los hermanos en la fe, los débiles, los indolentes, los tentados, los que dudan, los caídos, los errantes, los apóstatas; y también, entre los hermanos en la fe, los descarriados, solicitados por los instintos, por las pasiones, por la sugestión del ambiente, por la fuerza del parecer común, por la guía efímera de la moda, arrastrados por la corriente de los intereses y ambiciones colectivas.

Para el cristiano, nacido del Bautismo, miembro del Pueblo de Dios, destinado a vivir en una comunidad tan variada de hombres, el dar testimonio del Evangelio es un compromiso inderogable: el del apostolado; pero no menos un deber imprescindible el del ejemplo. Y de este modo, como para los apóstoles, llamados a llevar y a dar testimonio del Evangelio de Cristo en el mundo entero, también para el cristiano, que se asoma a la vida, a sus contactos, a sus dificultades y a sus problemas, es necesario un Pentecostés conforme a la palabra de Jesús: "Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa y daréis testimonio de mí" (Jn. 6, 12-13).

La Confirmación es el Pentecostés perenne que sella, con la Sagrada Unción, la pertenencia del bautizado a Cristo. La Unción, en efecto, es el signo de consagración al Señor para una tarea o servicio particular. Jesús mismo es llamado "Cristo", es decir, "Ungido", porque se ha consagrado hasta inmolar su vida para reconciliar a los hombres con su Padre.

Consagrado a Cristo por la imposición de las manos del Obispo, el confirmado recibe al Espíritu Santo con su gracia y sus dones y la misión de dar testimonio del Evangelio en la vida y en el apostolado. De esta manera, el cristiano es miembro perfecto del Pueblo de Dios, del cual profesa y defiende, en sí y en la comunidad de los hermanos, las certezas de la fe y las esperanzas eternas.

En verdad, es grande la dignidad del cristiano. Pero como consecuencia, es también grande su responsabilidad. "Reconoce oh cristiano tu dignidad! —advierte el Papa San León I— y, hecho partícipe de la naturaleza divina, no te vuelvas, con una conducta indigna, al antiguo envilecimiento".

Custodiar la luz de la fe y nutrirla mediante un adecuado conocimiento de la Palabra de Dios, que el Magisterio de la Iglesia interpreta y aproxima a las almas; acercarse directamente a la Palabra de Dios en la lectura amorosa y en la meditación de la Sagrada Escritura; vivir la fe en la generosidad de las obras, en la caridad, en la justicia, en la lealtad, en la coherencia de una vida íntegra, en la renuncia y en el sacrificio; llevar su reflejo en todas sus actitudes y en todas las relaciones que traen consigo la vida familiar, profesional y social: este es el inderogable testimonio del cristiano.

Concedor de esta dignidad y responsabilidad, el cristiano siente, con profunda humildad, pero con firmeza consciente, el deber de trabajar en el ambiente donde la Providencia lo ha puesto para vivir por el bien de sus hermanos; hace suyos sus gozos y esperanzas, sus sufrimientos y sus ansias, y nada de cuanto concurre a su bien le es indiferente: ya sea el bien de sus almas en vista de la salvación eterna, ya sea el bienestar y el confort de su permanencia terrena; y cultiva su conciencia y preserva su espíritu de toda tentación de egoísmo, de avidez y de dominio, porque con la alegría de poder invocar confiadamente a Dios con el nombre de Padre, siente el deber de vincularse fraternalmente con todos aquellos que caminan con él a través de las vicisitudes del tiempo.

Pero la dignidad de los hijos de Dios, la obligación de la fraternidad en la justicia y en la caridad, la exigencia de un modo de vivir santo y puro, la necesidad de dar testimonio, el conocimiento de la propia bajeza, la esperanza de una plenitud en el Reino de Dios cuando ya no habrá ni luto ni dolor ni divisiones ni luchas: todo esto que el corazón espera y que Dios ofrece, se obtiene con abundancia gozosa en la **Santa Asamblea de la familia de Dios**, en medio de la cual, Cristo, se ofrece y se sacrifica como expiador y redentor por los males de su Iglesia que une a El en la ofrenda; y, sobre el altar, transformado ahora en mesa familiar, se da como pan de vida sobrenatural y eterna, vínculo de fraterna unión entre los hijos de Dios que participan de ella.

Verdaderamente hermanos, en la Celebración de la Eucaristía, es donde la Iglesia Santa se expresa y se realiza a sí misma como nunca. La familia del Señor en torno al altar, sobre el cual el Cordero inmolado y viviente es víctima y alimento, es ya imagen y prenda de la realidad del

Cielo, donde la unión es perfecta y el amor sin sombra. Por eso, en este Congreso, nosotros miramos a la Eucaristía como al signo y al vínculo de la perfecta comunión fraterna.

Ya San Pablo, en la primera epístola a los Corintios afirma que todos, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, puesto que participamos de un solo pan dividido entre todos. Y la primitiva cristiandad comprendió tan profundamente el significado del gesto que Jesús realizó al partir el pan en la Última Cena y ordenar a sus apóstoles renovarlo hasta su vuelta gloriosa, que llamó a la Eucaristía: “la fracción del pan”.

Aquella comunidad no se quedó solamente en el significado profundo del rito, sino que comprendió más y leyó su eficacia; y de la fracción en común del pan eucarístico pasó a la comunión hasta de la mesa cotidiana y de los bienes terrestres, considerando, como está escrito en una de las más antiguas páginas cristianas que, “si compartimos en el altar los bienes celestes, sería fuera de razón no compartir con los necesitados los bienes terrenos”. Y consecuencia social de aquella generosa y también lógica deducción, fue el hecho que San Lucas subraya en los Hechos de los Apóstoles: “no había entre ellos indigentes”. Lo cual hoy no se realiza, pues mientras sobre la faz del globo, dos tercios de la humanidad sufren hambre y mueren de inanición, la tierra ofrece, mediante los industriosos recursos del trabajo progresivo, inmensos tesoros que el egoísmo ávido y la ambición de los hombres convierten, muy a menudo, en instrumentos de ruina y de muerte.

“Raíz y sostén de la comunidad cristiana es la Eucaristía, y no hay educación del espíritu comunitario si no deriva de la Eucaristía”, ha dicho el Concilio.

Sintamos pues, para nosotros y para nuestra comunidad cristiana, la importancia vital e insustituible —como es insustituible la raíz para el árbol— de la Misa vital y conscientemente participada; no como formalidad, ni tampoco como obligación que se lleva como una carga, por tradición o por otros motivos, sino como necesidad de la vida espiritual y de la comunión fraterna.

Y sintamos también el imprescindible deber de la cristiandad, de testimoniar ante el mundo, con el vivo, práctico y vital sentido de fraternidad, con la apertura a un espíritu vibrante de justicia y de amor hacia todos, la eficacia sobrenatural de la Eucaristía”.

CRISTO EN LA EUCHARISTIA, CENTRO DE LA VIDA SACERDOTAL Y MISIONERA

**Palabras del Cardenal Lercaro, en la inauguración del
Seminario de Misiones.**

(Bogotá 20 de agosto de 1968).

La confianza de la Iglesia Misionera está fundamentada y centrada no en los recursos humanos sino en Jesucristo.

...En el programa de actualización pastoral del Concilio Ecuménico Vaticano II la atención de los Padres no podía dejar de fijarse en las dos actividades fundamentales de la Iglesia a las que humanamente está ligada su misma vida y vitalidad: los Seminarios y las Misiones.

Es imposible, al inaugurar este Seminario Intermisional, dejar de recordar con un sentido de devoto reconocimiento a cuantos, acogiendo las preocupaciones de la Iglesia de Dios, han cooperado en forma muy distinta pero con un amor e inteligencia unánimes, a la realización de un instrumento válido e indispensable —en la actual organización de la vida— para la formación de los futuros portadores del mensaje evangélico a las almas.

Aunque queremos implorar devotamente la bendición de Dios sobre este edificio y aunque creemos que era deber de los hombres ofrecer para la obra del Señor tanto la ayuda de sus recursos financieros y de sus humildes ofrendas como la de los estudios y experiencias técnicas y pedagógicas, sin embargo debemos reconocer y afirmar enseguida con una certeza humilde y franca que la confianza de la Iglesia no se apoya en estas prestaciones necesarias; la Iglesia espera de este Instituto los nuevos contingentes misioneros listos para oír como un mandato la palabra del Salvador: "He venido a traer fuego sobre la tierra y cuánto desearía que ya estuviera encendida!" (Lc. 12, 49); misioneros listos para responder a su espera paciente pero también tan ansiosa: "También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a éstas tengo que llevarlas y escucharán mi voz; habrá un solo rebaño y un solo pastor..." (Jn. 10, 16).

Pedagogía sobrenatural

La expectativa y las esperanzas de la Iglesia están en El: en Cristo Jesús, único Señor, que manda a sus siervos para que llamen a los invitados a las bodas aun por las calles, por las plazas y a lo largo de las cercas del campo (Lc. 14, 23); único Maestro cuya palabra es la única palabra de vida eterna: "No déis a ninguno el nombre de maestro sobre la tierra:

uno solo es vuestro maestro, Cristo"... "Tú solo tienes palabras de vida eterna" (Jn. 6, 68); único Hijo, que conoce al Padre y puede revelarlo (Mt. 11, 27), más aún, lo revela en sí mismo: "Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn. 14, 9); único dispensador de verdad y de gracia de la cual está tan lleno, que vino a poner su tienda entre nosotros para que todos participemos de su plenitud (Jn. 1, 16); único dador de una paz que el mundo no puede dar (Jn. 14, 27) y de una gran alegría que ninguna cosa puede quitar (Jn. 16, 22); único que puede, con la efusión de su Espíritu, renovar la faz de la tierra y transformar el alma del hombre; del miedoso sacar el testigo fuerte hasta la muerte, del pescador de Galilea sacar el Maestro, del perseguidor el Apóstol. . .

En la Verdad y en la Gracia de Cristo está puesta la confianza de la Iglesia que contempla —con esta confianza— el nuevo Seminario, como el lugar precioso y bendito del encuentro feliz y fecundo de los futuros apóstoles con su único Modelo y Maestro.

Así pues, en esta casa bendita, Cristo renovará la obra de la maravillosa pedagogía sobrenatural con la que formó a los primeros apóstoles: será el Modelo con el que los alumnos confrontarán su formación espiritual y pastoral; el Maestro con cuya doctrina y con cuyo espíritu desearán iluminar sus mentes: será El quien estando en medio de ellos los sostenga en el camino de la renuncia, del servicio, de la entrega. . . ; será El quien los transforme con su Santo Espíritu; finalmente, será El quien, estando presente y activo en el admirable sacramento de la Iglesia, los envíe.

Porque deben ser enviados (es decir, deben tener una misión): "Como el Padre me envió, también yo os envió" (Jn. 20, 21). Además "¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿Cómo predicarán si no son enviados?" ... Estas son las preguntas de San Pablo (Rom. 10, 14-15).

La formación tiene su centro en la Eucaristía

Cristo continúa la formación del apóstol y la hace perenne en la Iglesia que El anima con su Espíritu, a la que ha entregado el tesoro de su Verdad confiriéndole la inteligencia de la Escritura (Lc. 24, 25) y en la que está presente entre los hombres hasta la consumación de los siglos (Mt. 28, 20).

La Iglesia, sacramento admirable de santificación y de salvación, desarrolla así su actividad, siempre centrada, radicada y anclada en la Eucaristía, que constituye el vértice de su actividad, y en la que actúa plenamente como no puede hacerlo con ninguna otra actividad sobre la tie-

rra; todos los sacramentos están unidos y orientados a la Eucaristía, y hacia ella tiende también toda actividad eclesial y toda obra de apostolado; de ella debe también tomar el dinamismo toda pedagogía del espíritu de comunidad (S. C. 2; A. A. 3, 4).

Así la Misa llega a ser necesariamente el centro de toda formación cristiana y, con mayor razón, de la formación sacerdotal y misionera.

Hay que meditar en la Misa convencidos de que aunque el espíritu trabaje en una profundización amorosa, nunca agotará este gozoso misterio; la Misa es un océano del que no se llega a tocar nunca el fondo y cuyas orillas no se acaban. Por otra parte la Sagrada Liturgia es, a la luz, del Espíritu, guía segura a la que nos confiamos alegremente en esta peregrinación, con gran abundancia de frutos.

Así, desde el principio, la procesión del introito guiada por el canto y coronada por la llegada al altar, establece —significándolo y realizándolo en el alma— para todo hombre y más aún para todo discípulo del Señor, la relación fundamental e imprescindible con Dios, a la cual toda la realidad está orientada: este dirigirse cantando y orando, para subir al altar de Dios y darle a su Majestad infinita el homenaje de la creatura es todo el sentido de la vida, de la historia y del cosmos...; es el sentido de toda vida, de toda vocación, de toda misión...

Para el futuro apóstol es más que nunca la señal luminosa que le indica que nada ni nadie, fuera del Señor, podrá dar sentido a su existencia, a toda actitud y acción suya, al sacrificio que no puede faltar...

Pero esa relación fundamental, ontológica antes que moral, aunque comprenda todo en su universalidad, encuentra y debe encontrar una expresión concreta en la oración: oración de la creatura que no se basta a sí misma y tiene necesidad de una ayuda superior; oración del pecador que tiene sed de perdón y de misericordia; oración que, maravillada en la contemplación de Dios, de su amor y de sus beneficios, se convierte en canto de alabanza, de adoración y de agradecimiento.

Al sacerdote y al alumno misionero este comienzo de la Misa le está diciendo todos los días que debe ser ante todo y sobre todo “hombre de oración”; que debe poner como base de su misión privilegiada un hábito adquirido y cultivado de diálogo con el Señor; le dice por lo tanto que él más que otros necesita un hábito formado de vida interior, es decir, de atención y correspondencia, al Huésped divino; vida interior que tiene necesidad para ser salvaguardada, de un silencio y de una meditación cultivada constantemente.

La feliz toma de conciencia social en el Pueblo de Dios, lo mismo que el ardiente activismo y al dinamismo de nuestro momento histórico, no pueden ni deben debilitar las bases de una vida espiritual que, para ser fecunda en el apostolado, requiere ante todo ser alimentada en una forma robusta y sobrenatural. Las noches que el Maestro pasaba en oración sobre las montañas, sus palabras que exhortan y llevan a la oración, y el reclamo hecho a los Apóstoles por no haberlo acompañado, se encuentran en la raíz de una tradición eclesial que no conoce interrupciones, ni relajamientos...

La Visión Misionera

Es cierto que la meta de esta procesión del introito es el altar...: es decir, es Cristo en su misterio pascual de Víctima glorificada y gloriosa que, muriendo, ha vencido a la muerte y ha restaurado la vida. Porque a Dios que es el último término de toda realidad no se va sino por El; al Padre no se va sino por el Hijo: ni el Padre viene a nosotros o nos manda su Espíritu sino por El (Lc. 10, 22); Alfa y Omega, El es el que da el sentido a toda la historia humana; y la misión no es sino el anuncio de El, que ha venido y que ha de venir; es el anuncio de su redención, de su verdad y de su gracia.

Así pues, El está en el centro de la asamblea reunida en torno al altar en la que está misteriosamente presente toda la Iglesia, la Familia de Dios, el Pueblo de Dios... Con esta asamblea se pone en contacto el Sacerdote con el saludo "El Señor esté con vosotros!".

Las paredes de la Iglesia parece que se esfumaran, y a la mirada del alma sacerdotal y misionera se presenta todo el mundo, toda la humanidad, que necesita reunirse para su salvación terrena y eterna, en torno a la Cruz, cuyo sacrificio fecundo se conmemora y se renueva. El cielo, el ansia de salir al encuentro de los hermanos se apodera del alumno misionero. "Alzad, vuestros ojos y ved los campos que blanquean ya para la siega!..." (Jn. 4, 35).

El misionero siente que debe darse por completo a las almas para comunicarles la única Salvación; debe darse a sí mismo respetando su libertad... "El Señor esté con vosotros!". El Señor: no los propios puntos de vista personales, no sus posiciones o tradiciones, no las de su gente y las de su naturaleza...: "Pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado" (I Cor. 2, 2).

El que comunica su palabra es el Señor; la palabra de Dios que es El mismo; el Verbo que se hizo palabra en todo semejante a nuestra pa-

labra, exceptuando el error; semejante a nosotros en todo, aun antes de hacerse hombre, excepto en el pecado...

En las Lecturas Sagradas Dios habla: es la historia de la salvación que se ha realizado en un diálogo secular, hasta que apareció en medio de nosotros Cristo, revelación del Padre...

Conocer la palabra de Dios

La Iglesia ha recibido de El el depósito de la Palabra divina y es su intérprete infalible, es su maestra autorizada. Al misionero se le confía el anuncio de Cristo y de su doctrina: "Id, por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación" (Mc. 16, 15).

De aquí la exigencia inderogable de conocer la palabra de Dios: todo estudio en el Seminario misional tiene razón de ser para tener cada vez más un conocimiento más profundo de la doctrina revelada que el magisterio de la Iglesia interpreta; o para adquirir los medios necesarios y oportunos para una eficaz comunicación de esa verdad a los hombres.

También la literatura, el arte, las lenguas, la filosofía, la ciencia (con el campo tan vasto que tiene), y la técnica, pueden y deben entrar en el "curriculum studiorum" del misionero y del sacerdote, pero siempre con la finalidad sentida, y comprendida de suministrar otros instrumentos al anuncio del Evangelio, a la catequesis, a la predicación, al diálogo...

Ciertamente que la atención amorosa, la meditación impregnada de oración, se basará sobre todo en la Sagrada Escritura que actualmente el Concilio ha puesto otra vez con más abundancia en las manos de los fieles, y cuya lectura y estudio se han vuelto obligatorios no solo para los sacerdotes sino para todos (y citamos como ejemplo los catequistas) los que tienen la tarea de ayudar a los maestros en la Iglesia de Dios.

Sobre todo el Evangelio en su integridad y pureza, y los Escritos Apostólicos dan a la palabra del misionero no solo, el tema indiscutible e inequívocamente "suyo", del kerigma y de la predicación, sino también una fuerza, vigor y capacidad de penetrar —como diría San Pablo— "hasta las fronteras entre el alma y el espíritu" (Hebr. 4, 12), que ninguna palabra humana podría dar jamás; constituyen siempre un elemento educativo "útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia" (II Tim. 3, 16-17).

Por esto volvemos a encontrar estas divinas palabras en toda Misa, no sin la alternativa de páginas del Antiguo Testamento en las que la trama misteriosa pero siempre misericordiosa de la Historia de la Salvación

se alterna con la voz ruda de los Profetas, ejemplo y modelo de auténtica fidelidad a la misión divina.

Ofrecimiento de pobreza y de obediencia

El ofertorio de la Misa es el momento de la oblación. Ritualmente, es la preparación de la materia del Sacrificio; pero precisamente por esto, es la unión de nuestro ofrecimiento al de la augusta Víctima: en ese pan, y en ese vino (pobres ofrendas nuestras) que los ministros llevan, acompañados de los cantos de la Asamblea, al altar, nos ofrecemos nosotros mismos a Dios.

Tanto el misionero como el sacerdote es siempre, uno que se ofrece: su ofrecimiento es compromiso de pobreza y de obediencia, es voto de castidad; en la profundidad de su ministerio es compromiso de una configuración voluntaria y generosa con Cristo; y esto no solamente porque el Padre va a glorificar a los que encuentre conformes a la imagen de su Hijo (Col. 1, 15) sino porque la palabra de Cristo tiene el sello de la autenticidad y la fuerza de la conformidad que tiene con El quien en nombre Suyo anuncia su palabra.

Cristo es pobre: el misterio de su pobreza es tan luminoso que deslumbra, y nosotros con frecuencia nos turbamos con esto. Cristo es obediente hasta la muerte y muerte de cruz: su obediencia es un misterio que une todas las horas de su vida y la gran "hora suya" al mandato del Padre; esto es un misterio y especialmente para nosotros, hoy, cuando un renovado sentido de libertad, de autonomía personal tiende a aflojar todo vínculo de sujeción. Solamente en la configuración con Cristo por medio de una más plena actualización del designio de salvación, confiado a la Iglesia, el principio tradicional de la obediencia se ilumina, supera las resistencias y se manifiesta como un ofrecimiento consiente a la voluntad del Padre por medio de una disponibilidad libre y generosa, y una colaboración con su designio de salvación.

Cristo virgen pide al misionero la totalidad del amor, la unicidad del amor, el sacrificio de los impulsos que el mismo Creador ha puesto en la naturaleza, la soledad en la renuncia a la familia natural para obtener una entrega total al Padre y a su Familia más universal; para dar el testimonio de una futura resurrección: la carne del hombre casto es ya desde ahora —como lo dice valientemente San Pablo— cuerpo "espiritual"; y el mundo, cristiano o no cristiano, siente la fuerza de un testimonio valiente iluminado por las certezas escatológicas.

La vida del Seminario misional sin estrecheces anacrónicas y ajenas a esa soberana libertad del espíritu que está caracterizada en el Evangelio tan lejano de restricciones formalistas, forma en lo más profundo para una oblación voluntaria y gozosa en la que la pobreza, la obediencia, y la pureza del corazón y de la carne son verdaderas bienaventuranzas.

Participación por el Sacrificio en el Misterio Pascual

Esa vida es la comunión perseverante con el Misterio Pascual del Señor, recordado cotidianamente, renovado y participado con un vínculo de alianza que sella en el cáliz la Sangre del Cordero.

Participación en el Misterio Pascual que es sacrificio. Inmolación cotidiana en la vida, exigida necesariamente por la preparación y que también lo será mañana en la vida ardua y comprometida del ministerio cuando el misionero tenga que no pertenecerse a sí mismo, tenga que ignorar “la carne y la sangre”, y hecho esclavo de Jesucristo hacerse todo a todos para ganarlos a todos para Cristo (I Cor. 9, 22). Las cartas de Pablo, especialmente la segunda a los Corintios, han explicitado los múltiples aspectos de esta entrega total que termina por ser — como lo es místicamente para Cristo en el altar— un morir cada día mientras la vida se convierte en una solicitud continua por la Iglesia y por las almas; es una negación generosa de sí mismo para ser judío con los judíos, griego con los griegos, enfermo con los enfermos. . . (I Cor. 9, 20-22).

La naturaleza, el origen, las tradiciones, los intereses y las ambiciones, todos los sentidos humanos, son superados con la certeza de que el humilde sacrificio del discípulo, mientras esté unido al del Maestro, da valor y fecunda el ministerio del apóstol completando lo que falta a la Pasión de Cristo (Col. 1, 24). Esta es la abundancia de gracia, de vida, de salvación, de gloria, que de la santa pasión del Señor, de su muerte, del anonadamiento de la sepultura, ha florecido como florece la gruesa espiga del grano sepultado y deshecho en la oscuridad del surco (Cfr. Jn. 12, 24).

El sacrificio del altar es una gran pedagogía; y es mucho más grande en cuanto que no solo ilumina los caminos de salvación, sino que obra eficazmente la salvación mientras alimenta y sostiene la generosidad y la entrega.

El sacrificio se concluye en el banquete sacrificial, cuando Dios reconciliado por la Sangre de la Cruz de Cristo, reparte a los hijos que lo invocan el Pan bajado del Cielo, que nutre para la vida eterna.

La Comunidad! Un sentido individualista difundido en la mentalidad corriente había envenenado algunas veces aun la misma piedad de los fie-

les hasta adormecer en ellos las instancias del espíritu de comunidad tan evidentes, ricas y fecundas en la Comunión eucarística que sella la asamblea del pueblo de Dios uniendo en Cristo, con Cristo y por Cristo, en un vínculo perfecto a los hijos con el Padre, y a los hermanos entre sí. Grandemente educativo, el signo sacramental del Pan partido y compartido es, con todo, signo sacramental y por lo tanto eficaz. Realiza, a no ser que se pongan obstáculos, la unión fraternal; así lo realizó ejemplarmente en la Iglesia apostólica de Jerusalén en donde llevó a la comunidad de bienes, suscitando la admiración de los ambientes judíos a los que facilitaba la disposición atenta a oír la Palabra, al eliminar la indigencia en la comunidad: "No había entre ellos ningún necesitado", concluye Lucas en los Hechos (Hch. 4, 34). Alimento de caridad, de fraternidad, de unión, la Comunión que cierra el Sacrificio, es la reserva del sacerdote y del misionero a quien permite superar en sí mismo toda visión estrecha y egoísta; le permite así aproximarse con, amplitud de espíritu y de corazón a ambientes menos dispuestos y aun hostiles, con una palabra suave y fuerte al mismo tiempo, apostólicamente sincera, pero humana y cristianamente buena o benévola; sobre todo permite crear una atmósfera serena y pacífica cuyo reflejo es captado con fuerza, o por lo menos con nostalgia, por quien se encuentra lejos de él; permite el don de sí tan amplio como amplio es el campo de acción, porque multiplica las energías y suple las deficiencias de la limitación y de la debilidad humana.

Por estas razones el corazón de este nuevo Seminario Intermisional debe ser el altar; que la celebración eucarística sea el eje de su vida y la raíz de su fecunda actividad. Que salgan de este cenáculo, iluminados e inflamados por el Espíritu Santo, los apóstoles que en todo lugar del Oriente al Occidente, ofrezcan a Dios la oblación pura que perpetúa el Misterio pascual de Cristo. Hasta su gran venida! **Donec veniat**".

LA PENITENCIA EN SU RELACION AL MISTERIO PASCUAL Y EUCARISTICO

**Homilía del Cardenal Lercaro durante la Celebración del Día Penitencial.
Templete Eucarístico. (Bogotá, 21 de agosto de 1968).**

“Hermanos carísimos: la Gracia y la Paz de Nuestro Señor Jesucristo esté con todos nosotros, Amén.

Dos palabras resonaron desde la cruz y fueron recogidas por los testigos, no obstante el vocear de los verdugos y los insultos de los enemigos de Jesús; el evangelista San Lucas nos las ha conservado.

Apenas lo clavan en la cruz, como una víctima atada al montón de leña, ya Jesús se vuelve implorante al Cielo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Era la voz de la misericordia indulgente que perdona excusando y reduciendo al mínimo la culpa. Poco después, entre los crucificados se desenvuelve un diálogo; y al ladrón, que confesando los propios delitos y reconociendo la inocencia de Jesús le pedía lo recordase cuando hubiese llegado a su reino, El le respondía: “en verdad te digo, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso”.

La sangre, que la noche precedente, durante la Cena, Jesús había dicho debía ser derramada por la remisión de los pecados de todos, ya operaba. El Cordero que quita los pecados del mundo, como Juan Bautista había indicado el Mesías a las turbas en expectativa, desataba con su inmolación las cadenas de la esclavitud del pecado, tal como, y mucho mejor que cuando el antiguo cordero inmolado por los israelitas en Egipto había sido motivo y comienzo de la liberación del estado de pesada servidumbre. Por ello, San Juan Evangelista encontraba una conformidad de detalles entre las normas dadas para el cordero pascual de Israel y el tratamiento dado por los soldados al cuerpo exánime de Jesús.

El cordero pascual, en efecto, había sido por siglos el recuerdo de la prodigiosa aventura de un pueblo, pasado de la esclavitud a la alianza con Dios y a la soberanía, y el presagio concreto de otro paso más vasto y feliz: el de la humanidad pecadora y reprobada a la dignidad de Pueblo de Dios, familia de sus hijos y herederos; “paso”, “pascua”.

Mas en la nueva Pascua, la sangre libertadora es la de Cristo, Hijo de Dios, hecho así hermano nuestro; nuestro cordero pascual es Cristo inmolado en la cruz. Por ello, el primer anuncio que Cristo resucitado da a los discípulos aún dudosos es el de un perdón perennemente ofrecido a los hombres pecadores, del que El, el resucitado de la muerte de la cruz, será dispensador a través del ministerio de su Iglesia, presente en el Cenáculo,

en la persona de los apóstoles. Así, del Misterio pascual del Salvador, mana el sacramento del perdón que, como el Concilio ha advertido, dispone y prepara a la celebración del Misterio mismo de la Eucaristía.

La Penitencia es, en efecto, el requisito que Juan Bautista y también Jesús, muy duramente con el mismo anuncio, dieron al pueblo para preparar el acercarse del Reino de Dios anunciado por los profetas: "Haced penitencia porque el Reino de Dios está cerca". Era una revisión de las propias disposiciones interiores, de la propia vida; una conversión de las costumbres, una deploración de las culpas; el deseo vehemente de una nueva pureza, la que el Bautista predicaba y exteriormente simbolizaba con el baño en las aguas del Jordán, mientras confesaba que la limpieza espiritual, la purificación interior, solo el Esperado la habría traído y no el agua del río, el Espíritu Santo la habría operado purificando las almas, como el fuego purifica el oro en el crisol.

Siempre, la Iglesia, anunciando el Reino de Dios e invitando a acogerlo, pidió como Pedro en el discurso de Pentecostés, la penitencia que Pablo en Atenas, ante el Areópago, declaró universal. Y por más variada que haya sido la disciplina penitencial en el decurso del tiempo, en relación a la variedad de las situaciones que el propagarse y el consolidarse de la fe y de la vida cristiana determinaron, jamás faltó la referencia concreta al Misterio pascual y, por consiguiente, a la Eucaristía que celebra tal Misterio, recordándolo y renovándolo hasta la vuelta del Señor.

Es, pues, lo más conforme con el sentir de la Iglesia, que en la celebración de este Congreso Eucarístico seamos llamados a meditar sobre el tema de la Penitencia. Evidentemente sobra el tema de la penitencia post-bautismal, ya que en el pensamiento de la Iglesia primitiva, cuando se llegaba a la fe en edad adulta, normalmente era el Bautismo con la conversión, la gran penitencia a la que coherentemente había de seguir una vida nueva en unión con Cristo que, resucitado de los muertos, no vuelve a morir. Y ello, hasta el punto que, los más rigurosos no podían comprender la posibilidad de ulteriores caídas y, desde luego, de una segunda penitencia.

Aun sintiendo con profundidad la exigencia de la dignidad cristiana, que postula la fidelidad a Dios y a los compromisos tomados con la comunidad en el bautismo, la Iglesia, consciente de la misericordia de Dios y de las riquezas ininvestigables de la expiación de Cristo, nunca acogió las exigencias rigoristas, y predicó siempre una segunda penitencia después del Bautismo. Ella, sin embargo, no debe consentir al cristiano una subvalorización de su condición dichosa de hijo de Dios, ni una empobrecida condición del sacramento de la Penitencia. Aún más, diremos que la

dificultad experimentada por los más exigentes, si es en sí misma excesiva y poco concorde —sea a la debilidad del hombre, sea, sobre todo, a la riqueza y fecundidad de la Redención—, subraya la equivocada comprensión y la no lograda generosidad en quien hiciera del sacramento del Perdón un frío y árido hábito.

Para que esto no suceda, para que nuestra confesión permanezca siempre, aunque repetida innumerables veces, una participación en las riquezas del Misterio pascual y, por consiguiente, una resurrección o un nuevo soplo de vida, nos es menester profundizar hoy, para restablecerlo en las conciencias, el sentido religioso del pecado.

Porque el hombre de hoy, y es demasiado fácil constatarlo, que ha visto superados por su ciencia y por su técnica muchos aspectos de la realidad; que se ha hallado en presencia de instrumentos, por él mismo creados, que le permiten un sorprendente dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, un tiempo tachadas de insuperables; y que ha tomado conciencia más profunda de su ser, es llevado fácilmente a arrinconar el pensamiento de Dios hasta negarlo y hasta rechazar cualquier intervención o ley suyas.

Pierde así el hombre el sentido religioso de la culpa y, por lo tanto, el valor inderogable de la ley divina y la conciencia del pecado. Y, si hoy es fácil advertir en la mentalidad general una mayor sensibilidad por las instancias sociales, sin embargo, los hechos indican claramente que eliminando la referencia a Dios, aun la más liberante conciencia social, supera, es verdad, la esfera del individuo, pero se queda en la de la clase social, de la raza, del color, de la nación: el choque no se elimina, sino que se ensancha e intensifica.

Todo aspecto, aun verdadero, de la deteriorización de la culpa, si se limita al plano humano, es insuficiente; es necesario llevar la culpa a su ofensa y error fundamentales, esenciales: ella es la violación de los derechos inderogables de Dios, “Contra Tí, oh Dios, solo contra Tí he pecado”.

Es menester aún más: que la confesión, como comúnmente llamamos a la Penitencia, sea siempre en la vida del cristiano un gran acontecimiento; como lo fue para el pobre pastor, que tenía cien ovejas, el hallazgo de una de ellas (para ambientar la palabra de Dios, piénsese que las greyes de Abraham eran gobernadas por 318 siervos); como lo fue para la humilde mujer el recobrar la dracma; como lo fue, sobre todo, para la casa del pródigo, el regreso del hijo libertino; recuérdense las palabras con las cuales Jesús comenta el relato: “Yo os digo que en el Cielo será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia, que por 99 justos que no necesitan penitencia”.

Estas palabras del Señor no son solamente un marco para el cuadro parabólico; son la afirmación del reflejo eclesial del pecado y, consiguientemente, de la penitencia; y son también la indicación luminosa de que la confesión ha de ser, en la vida de los fieles, un acontecimiento que interese a la tierra y al Cielo, y que señale una aportación de júbilo para toda la familia divina.

Júbilo, que casi espontáneamente, se concretará en un banquete: el que el padre comprensivo apresta, matando el becerro más cebado y que lo quiere amenizado con la música y con la presencia de toda la familia; y el que Dios, Padre infinitamente bueno, ofrece a sus hijos en el Altar, con la Carne de su Hijo hecho Pan de Vida eterna y con la Sangre preciosa derramada por la remisión de los pecados. Y a participar al júbilo del banquete, invita a toda la familia tolerando con desagrado a quien se abstiene, porque en la común participación a su mesa se estrecha y profundiza la unión con El y entre los hermanos.

“Dios es amor, y quien vive en el amor está en Dios y Dios está en él”, y ésta es la suprema realización de su Reino, cuando El estará completamente en todas las cosas”.

DISCURSO DE CLAUSURA DEL CEI

**Pronunciado por el Cardenal Giacomo Lercaro en el Templete Eucarístico.
(Bogotá, 25 de agosto de 1968).**

“Excelentísimo señor presidente.

Hermanos en el sacerdocio de Cristo.

Pueblo santo de la Iglesia de Dios.

La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo sean hoy y siempre con todos nosotros.

Quizás nunca como hoy ha brotado tan potente y conmovido del corazón de este continente y del mundo todo, aquí espiritualmente reunido, el himno tradicional de acción de gracias al Señor.

Lo acontecido en Bogotá durante esta histórica semana es grande: el Congreso concluye una era iniciada con la colonización de América Latina y con el aporte de su genuina y radicada religiosidad católica; y abre otra nueva era fermentada por el espíritu del Concilio Vaticano II, singularmente atento a las más profundas exigencias del Evangelio. Para marcar el comienzo de la nueva y feliz etapa en el camino de esta tierra, la Iglesia toda se ha reunido aquí como nunca lo hubiese hecho; el pueblo de Dios venido, como en Jerusalén en la primera Pentecostés, “de cuantas naciones hay bajo el sol”; la sagrada jerarquía con la comitiva de sus pastores y sacerdotes y sobre todo con la presencia del Vicario de Cristo, del manso Cristo en la Tierra, del pastor supremo que, por la primera vez en la historia milenaria de la Iglesia, ha venido cual pastor bueno y solícito, a visitar esta comunidad y a indicar con la particularidad de su augusta presencia y la autoridad de su palabra, la grandeza del momento que corre y la riqueza de las esperanzas y promesas que iluminan esta etapa dichosa de la historia del Continente Suramericano y del mundo católico. Este gran momento lo hemos vivido al rededor de la Eucaristía, en ella centralizado y radicado.

Y, oso decir, no podía ser de otro modo; estando el Sacrificio eucarístico en el vértice de todas las actividades de la Iglesia; y aquí lo fue con inmensa luminosidad, como no sucede a menudo, ya que a celebrarlo, vino el jefe de la Iglesia universal, rodeado por todos los órdenes de la sagrada jerarquía y por el pueblo concurrido de todas las partes del mundo...

Si para cada comunidad cristiana la celebración eucarística es su raíz y su vínculo, aquí era la entera grey de Cristo, no solamente en misteriosa participación, más representada visiblemente por los peregrinos concurren-

dos, quien testimoniaba la unión de toda la comunidad cristiana y atestiguaba su gravitación al rededor del altar de la Eucaristía; aquí, más que nunca, la Eucaristía resultó no solamente el signo de la unidad cristiana, mas el alimento divinamente potente de aquel vínculo de caridad, que, consagrando y sublimando la unidad de la común naturaleza humana, nos hermana a todos en Jesucristo, hijos de su único Padre, que quiso serlo también nuestro; consanguíneos y corpóreos de Cristo, cuya Carne inmolada y gloriosa, y cuya Sangre sello de la alianza perenne con Dios, son alimento y bebida nuestra. Por estas grandes e históricas jornadas, que hemos vivido en la alegría interior y en el ansia de la oración, ahora y por toda la vida daremos gracias al Señor: "per singulos dies benedicimus te".

Mas, Cristo que ha estado y está entre nosotros ha recordado y recuerda a nosotros y al mundo entero la inderogable necesidad de su presencia, de su verdad, de su gracia.

Porque no hay otro nombre en el cual los hombres puedan esperar salvación: El solo es la vía, la verdad y la vida; solamente caminando tras El no se camina en tinieblas; El solo puede dar un agua que brota hasta la vida eterna; El solo conoce y revela al Padre; solamente El puede dar una paz que el mundo no puede dar.

Y el mundo, aun negando, ignorando o descuidando a Dios y a su Cristo, siente necesidad de El; e intuyen los más agudos pensadores entre los hombres que su gran empeño, a veces admirable, aun por muchos y apreciables que sean los resultados que pueda obtener, choca siempre contra las fuerzas prepotentes del egoísmo o contra los interrogantes de un pensamiento no apoyado en las certezas superiores, o por lo menos, choca contra la debilidad de la naturaleza.

Para las mismas realizaciones concretas y fecundas de una convivencia fraterna entre los hombres; para la valorización de sus esfuerzos en el campo del pensamiento, de la ciencia, de la técnica y de la vida; para la solidez y salvación de las instituciones y realidades fundamentales, cual es la familia, el amor, el servicio recíproco, la libertad interior y social, y la paz, la presencia de Cristo, su Evangelio, que es doctrina y ejemplo, resulta siempre más indispensable; y es una constatación razonada que cuanto hay de real y definitivamente bueno en la vida y en la historia del hombre viene de El o no existe sin El; y todo lo que por malo e infausto se revela, acaba por revelarse contrario a El y a su Evangelio.

La presencia del Señor en las actividades de esta semana del Congreso no puede evidentemente —y ello jamás estuvo presente en la mente de

quienes quisieron y organizaron el Congreso— no puede, digo, limitarse al breve período de tiempo que la solemne celebración ha llenado con sus alegres notas de fiesta, con su entusiasmo, con estas muchedumbres innumerables y entusiastas, como jamás había contemplado esta ciudad afortunada.

Cristo ha afirmado su presencia en Bogotá y vuelve a pedir a todos nosotros, al mundo católico y en particular a este gran Continente Suramericano, que tome este acto para sentir profundamente la necesidad de una renovación de vida y de las relaciones sociales, de las estructuras económicas y civiles, y crearla en la más adherente y ejemplar conformidad con el espíritu evangélico, para que la justicia en la caridad y en la libertad elimine los desniveles en el tenor de vida; una en el esfuerzo común del desarrollo a las clases sociales, otorgue a todos en la paz, con exclusión de toda violencia disgregadora y siempre sembradora de odio y venganza, un nivel de vida dignamente humana, asegurando al mismo tiempo la serenidad de los espíritus y la paz social.

Ciertamente ninguno puede sustraerse a esta instancia que mana de la Eucaristía, víctima augusta inmolada por la redención de todos; pan del Cielo, dividido entre los hermanos.

No es posible al cristiano que reflexiona el sustraerse a la exigencia de la renuncia, de la superación de la propia saciedad, del propio tranquilo bienestar...

No es posible apartar los ojos, el pensamiento, la preocupación, el afán y el ansia del sufrimiento, de la miseria y del hambre, de la desocupación y de la ignorancia que no permite una participación consciente en la vida de la comunidad, cuando Cristo por la salvación y elevación de los hermanos, aún siendo Dios, se anonadó como un esclavo y se rebajó haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, dando su sangre por la redención de todos. "Tengo compasión de esta muchedumbre", fue su exclamación ansiosa; y este grito debe resonar como un imperativo evangélico de justicia y de caridad en cuantos hemos sido y somos dentro de El. En un momento de extrema gravedad, como el presente, un continente católico, cual es, gracias a Dios, la América Latina, no puede sustraerse a la misión que le confía la Providencia, al deber que le impone la conciencia cristiana: manifestar en la vida de cada uno y en las estructuras el espíritu del Evangelio, que mira a la ciudad futura del cielo, pero para impregnar de justicia y de paz fraterna las estructuras de la ciudad terrena.

Es por tanto, un imperativo de justicia porque los bienes que el Creador ha prodigado al mundo deben satisfacer las necesidades y el bienestar de todos; solamente, con una serena convivencia, que asegure a cada uno la satisfacción de las exigencias fundamentales de una vida dignamente humana, se obtendrá y se conservará el bien superior de la paz que la sagrada liturgia pide al Cordero sacrificado: si así no fuese, será penosamente inevitable contra una violencia, que ahoga los primordiales derechos humanos, el alzamiento de otra violencia, con el consiguiente ocaso de la paz y por tanto de toda posibilidad eficazmente realizadora y constructiva.

Un imperativo de justicia es aquel que es dado desde el altar al mundo, por una paz que de otro modo seguiría siendo, como lo fue en estos tristes decenios, un sueño ilusorio; y así seguirá desgraciadamente, siendo, hasta que no se superen las estrecheces de los egoísmos, aparentemente consagradas por situaciones históricas privilegiadas, y no se abra el espíritu a perspectivas renovadoras.

Es todavía y sobre todo por esto, que de la Eucaristía —pan del Padre repartido entre los hijos— es dado al mundo, a nosotros un imperativo de caridad: el imperativo supremo del Evangelio; el típico y nuevo precepto de Cristo, “su” mandamiento; del cual ninguno que lleve el nombre de cristiano puede por tanto sustraerse sin renegar a Cristo en la vida y en la conducta y sin exponer su Nombre a la blasfemia de quien no cree (Conf. Rom.).

No es caridad, en el contexto evangélico, dejar caer la migaja de una mesa opulenta a quien padece de hambre: la Eucaristía, sacramento de amor y de unión, reparte entre los hijos de Dios, sin distinción de clase, el Pan del Cielo... Es partición, “fracción del pan”, ¡Caridad es condidir!

Solamente en un halo de auténtica caridad cristiana, que ilumine en el rostro de los demás las facciones del Señor, la justicia, con sus exigencias taxativas, es posible y realizable; y solamente bajo tal perspectiva la justicia pierde toda dureza burocrática y deshumanizadora y, sin caer en falsos paternalismos, se vuelve industriosa y cuidadosa, utilizando todos los recursos de la ciencia, de la economía y de la técnica, y excluyendo las fáciles ulteriores insidias del egoísmo, que pueden falsear el mismo ejercicio de la justicia social. Y solo una renovación generosa y atrevida, que venciendo obstáculos de prejuicios superados y de intereses constituídos por una parte, y por otra, impulsos, aunque generosos en la intención, de violencia reivindicadora, restablecerá en la caridad, un orden

de justicia, de libertad y de paz. Solo así la América Latina conservará su tesoro más grande: la luz de la fe y la fidelidad a Cristo; y con ello la santidad de las costumbres y la dignidad de la vida.

¡Cristo Jesús, Señor y Dios Nuestro!

Dona al mundo toda la luz de su fe, el consuelo de tus esperanzas eternas, el calor de tu caridad, que te puso al servicio de nosotros a quienes has querido en calidad de hermanos.

Haz que las almas sientan la apremiante exigencia de la fraternidad para que cese en el mundo que Tú has redimido, el oprobio insostenible de diferencias abismales según las cuales, de frente a situaciones de abundancia, se encuentran millones y millones de hijos de Dios que mueren de hambre; por lo que la tierra es continuamente ensangrentada por guerras y rebeliones, y el odio divide los hombres.

Sea, oh Cristo Jesús, tu santa Iglesia humilde, más audaz en el servicio a las almas y al mundo, como lo fuiste Tú: pobre y obediente hasta la muerte, y sin embargo, tan fuerte que aún hoy tu voz implacable azota nuestra debilidad y nuestro orgullo. . .

Y a esta ciudad que ha sido cual inmenso templo de tu gloria, a esta nación que quiere serte siempre fiel en un profundizado espíritu evangélico, a este continente latinoamericano que quiere renovarse en una adhesión más profunda y generosa a tu palabra, a tu ejemplo, a la palabra de tu Iglesia de modo tal que señale en su historia el compromiso de un desarrollo audaz y fecundo; a todo el mundo, que de Tí tiene necesidad extrema, aun allá donde no se Te conoce y no se cree en Tí: ¡bendice generosamente!

